

Capítulo 20 – La visión de la  
santidad.

Introducción

Llegamos ahora a movimientos relativamente felices y suaves en  
nuestra

sinfonía – en efecto, tres scherzos – al comenzar el estudio de los  
Capítulos

20, 21 y 22. Proporcionan un respiro relativamente tranquilo de la  
sturm

und drang (drama pesado; literalmente, tormenta y estrés) de los  
capítulos

sobre las relaciones especiales que acabamos de completar (15 al 19),  
y que

se reanudarán nuevamente en los Capítulos 23 y 24. Estos próximos  
tres

capítulos prestan mayor atención a la relación santa y al papel de la  
razón,

la visión y el perdón. Aunque hay pasajes pesados que hablan del uso  
del

cuerpo por parte del ego y su especialismo, el énfasis primordial está  
en el

pensamiento de mentalidad-correcta. Esta es una pausa bienvenida en  
nuestro viaje que nos lleva a través del laberinto de oscuridad y  
perdición

del ego. Recordemos del Capítulo 14 la hermosa frase de Schumann de  
"una esbelta doncella Griega entre dos gigantes Nórdicos", refiriéndose  
al

lugar de la Cuarta Sinfonía de Beethoven entre su Tercera y Quinta.

Estos

capítulos son un amable y agraciado interludio en el viaje a casa.

En el Capítulo 20 también encontramos un nuevo énfasis en el  
importante

tema del propósito; específicamente, el uso del cuerpo por parte del  
ego

para la separación, corregido por el propósito de perdón del Espíritu  
Santo.

Finalmente, hay un aumento en el enfoque que se centra en la  
importancia

del poder de la mente para elegir, un tema que hemos visto en el  
comienzo

de nuestra magnífica sinfonía.

El miedo a la Expiación.

Es la perfecta Unidad del Creador y lo creado, representada por la Expiación, lo que aterroriza a la parte de nuestra mente dividida que anhela

estar separada y ser "libre". Comenzamos con este párrafo:

(VI.1) El significado del Hijo de Dios reside exclusivamente en la relación que tiene con su Creador. Si residiese en cualquier otra cosa estaría basado en lo contingente, pero no hay nada más. Y este hecho es totalmente amoroso y eterno. El Hijo de Dios, no obstante, ha inventado una relación no santa entre él y su Padre. Su verdadera relación es una de perfecta unión e ininterrumpida conti-nuidad. La relación que él inventó es parcial, egoísta, fragmentada y llena de temor. La que su Padre creó se abarca y se extiende totalmente a sí misma. La que él inventó es totalmente auto-destructiva y se limita a sí misma.

Nuestra locura es tal que elegimos voluntariamente lo auto-destructivo y

limitante en lugar de lo totalmen-te amoroso e ilimitado, porque esto asegura nuestra existencia como entidades separadas. El ego ilusorio y la

relación no santa entre Padre e Hijo se expresa en la relación especial fragmentada y temible, donde la fragmentación del Hijo de Dios se conserva, aparentemente para siempre, y el Ser que todo lo abarca de Cristo

no es ni siquiera un recuerdo lejano.

Continuamos ahora con "El pecado como ajuste", una sección que se centra

en la dinámica del ego, después de la cual nos centraremos en la respuesta

del Espíritu Santo a la estrategia del ego de mantenernos atascados en su

sistema de pensamiento de separación, pecado y especialismo.

Considerar

el pecado como un ajuste reintroduce el tema del cambio, ya que el sistema

de pensamiento del ego es en sí mismo un cambio, un ajuste a nuestra realidad como el verdadero Hijo de Dios – una Unicidad unida cual Una

sola (T-25.I.7:1). Siguiendo al ego, nos vemos separados, el significado del pecado. Nuestro ajuste, entonces, es esencialmente doble: el cambio de la unidad a la separación, y el cambio del pensamiento de separación de la mente a la experiencia de separación del cuerpo:

(III.1:1-3) La creencia en el pecado es un ajuste. Y un ajuste es un cambio: una alteración en la percepción, o la creencia de que lo que antes era de una manera ahora es distinto. Cada ajuste es, por lo tanto, una distorsión, y tiene necesidad de defensas que lo sostengan en contra de la realidad.

"Lo que antes era" es nuestra unidad, y el pensamiento de la Expiación que nos dice que tal cambio no solo no sucedió, sino que no pudo haber sucedido. Las defensas llenas de pecado que sostienen este ajuste contra la realidad son la serie de eventos que el ego pone en juego, culminando en la fabricación del mundo. El ego nos dice que el pecado es nuestra realidad, pero es un pensamiento tan horrible que necesitamos protección contra su inevitable y merecido castigo. El mundo corporal de las relaciones especiales es el principal medio para "protegernos" de la ira divina que el ego dice que está en nuestras mentes. En verdad, por supuesto, la relación especial simplemente protege al ego de la elección del amor divino por parte del tomador de decisiones.

(III.1:4-5) El conocimiento no requiere ajustes, y, de hecho, se pierde si se lleva a cabo cualquier cambio o alteración, pues eso lo reduce de inmediato a ser simplemente una percepción: una forma de ver en la que se ha dejado de tener certeza y donde se ha infiltrado la duda. Jesús describe el cambio del mundo del conocimiento (nuestra realidad) al mundo de percepción del ego (separación). El conocimiento, como hemos

visto, es sinónimo de la Unidad de Dios y Cristo – nuestra certeza. La declaración anterior refleja la metafísica no-dualista del Curso, que enseña

que la realidad no tiene dicotomía sujeto-objeto (un observador y un observado) como es el caso del universo cambiante de diferenciación, duda y muerte.

(III.1:6-7) En esta condición deficiente es necesario hacer ajustes porque la condición en sí no es verdad. ¿Quién necesita ajustarse a la verdad, si para ser entendida ésta sólo apela a lo que uno es?

No se requiere nada de nosotros excepto la aceptación de nuestra Identidad.

Cuando esta se niega, inventamos un ser separado que necesita ajustes para

sobrevivir en el mundo del ego de uno u otro. Estamos siempre en guardia,

ajustándonos constantemente, tratando frenéticamente de protegernos de la

amenaza percibida desde afuera para que no tengamos que mirar hacia

adentro, desde donde emana la amenaza. Este peligro, no hace falta decirlo,

es inexistente, por lo que volvemos a hablar de una serie mal-adaptativa de

defensas construidas para protegernos a nosotros mismos de un pensamiento que es inherentemente irreal. Se podría decir que necesitamos

el ajuste de la mentalidad-correcta del milagro para corregir el ajuste de la

mentalidad-errada para la verdad.

(III.2) Los ajustes sean de la clase que sean, siempre forman parte del ámbito del ego. Pues la creencia fija del ego es que todas las relaciones

dependen de que se hagan ajustes, para así hacer de ellas lo que él quiere que sean. Las relaciones directas, en las que no hay interferencia, él siempre las considera peligrosas. El ego se ha nombrado a sí mismo mediador de todas las relaciones, y hace todos los

ajustes que cree necesarios y los interpone entre aquellos que se han de

conocer, a fin de mantenerlos separados e impedir su unión. Esta planeada interferencia es lo que hace que te resulte tan difícil reconocer

tu santa relación tal como es.

Las relaciones ajustadas del ego reflejan nuestro especialismo al defendernos contra los intereses compartidos de la relación santa o directa.

Al escuchar al ego, buscamos ajustar las relaciones para satisfacer nuestras

necesidades, porque si nos viéramos como realmente somos – fragmentos

del único Hijo de Dios – nuestra identidad especial habría desaparecido y es

esta pérdida la que tememos. La dinámica del ajuste nos preserva al cambiar de una relación santa a una especial, lo cual establece nuestra necesidad de corrección: el ajuste de la mentalidad-correcta que deshace la

locura de haber creído en lo que no es verdad, permitiéndonos ver la santidad de la igualdad que ajusta las relaciones aquí para reflejar nuestra

Única Relación en el Cielo.

(III.7:1) No procures que el Hijo de Dios se adapte a su demencia.

Esta es la esencia del sistema de pensamiento del ego que exige que cambiemos y hagamos ajustes para protegernos contra el pensamiento loco

de la retribución divina. Jesús se refiere a nuestro vivir en este mundo ajustado como cuerpos, necesitando hacer los ajustes constantes (por el

pecado de la separación) que son el núcleo de la relación especial.

(III.7:2-4) En él reside un extraño que, mientras vagaba sin rumbo, entró en la morada de la verdad, mas tal como vino así se irá. Vino sin ningún propósito, pero no podrá permanecer ante la radiante luz que el Espíritu Santo te ofreció y que tú aceptaste. Pues bajo esa luz el extraño

se queda sin hogar y a ti se te da la bienvenida.

El lenguaje refleja la debilidad del ego; siendo nada, su existencia está sujeta sólo a nuestra creencia en él. En sí mismo, el ego es una pequeña

brizna de una ilusión que "mientras vagaba sin rumbo, entró en la morada

de la verdad" (en nuestras mentes) y con la misma facilidad "como vino así se irá". En otras palabras, nuestra invitación al ego a asumir una residencia es transitoria, y fue simplemente un error – no un pecado – el cual se corrige fácilmente. El ego teme la corrección, de la que se defiende con la estrategia de la ausencia de la mente que hemos estado explorando. Aterrorizados de que nuestras mentes se vuelvan al Espíritu Santo y vean que la luz de Su Expiación es nuestra y que se encuentra en buen estado, el ego nos aconseja que huyamos a la oscuridad: primero a su sistema de pensamiento de la culpa, y luego al mundo. Como sabemos, el tú al que se dirige Jesús es al tomador de decisiones, la parte de la mente que primero desterró al Espíritu Santo, pero que luego le da la bienvenida y recuerda su Identidad como el Hijo de Dios.

(III.7:5-6) No le preguntes a ese transeúnte: "¿Qué soy?" Él es la única cosa en todo el universo que no lo sabe.

Aun así, continuamente le pedimos a nuestro cerebro, parte del cuerpo y, por lo tanto, parte del ego, que nos diga quiénes somos. La respuesta, programada por el ego, radica en reconocer que no solo que el ego es real, sino que el universo físico y el cuerpo también lo son. El hecho es, sin embargo, que el ego es el único que no conoce nuestra realidad. La locura de nuestra posición es que seguimos pidiéndole a este loco transeúnte que nos defina, que nos explique cómo y por qué estamos aquí, y qué necesitamos hacer para sobrevivir en este mundo de sufrimiento y muerte.

Lo que permite que este loco sistema de pensamiento sobreviva es que Aquel Que nos conoce está escondido en la mente, enterrado por nuestra creencia en el pecado y la culpa, a su vez ocultada por el mundo. El

resultado final es que no tenemos ni idea de la naturaleza de nuestro ser,

porque el único que aparentemente queda en la mente para preguntarle es el

ego:

(III.7:7-10) Sin embargo, es a él a quien se lo preguntas, y es a su respuesta a la que deseas amoldarte. Este pensamiento torvo y ferozmente arrogante, y, sin embargo, tan ínfimo y carente de significado que su pasar a través del universo de la verdad ni siquiera se nota, se vuelve tu guía. A él te diriges para preguntarle el significado

del universo. Y a lo único que es ciego en todo el universo vidente de la

verdad le preguntas: “¿Cómo debo contemplar al Hijo de Dios?

El ego nos dice que somos criaturas del pecado, que necesitamos un mundo

para adaptarnos a esa diminuta y alocada idea. Al poner nuestra fe en lo sin

sentido, hacemos del pecado una realidad y luego nos adaptamos a él. El

mundo es ni más ni menos que este ajuste – una solución mal-adaptativa a

un problema inexistente – en donde permitimos que el insubstancial ego

defina el problema y dicte su solución. Todo el tiempo, el Hijo de Dios tal

como Él lo creó permanece enterrado en la mente, a la espera de la invitación para regresar al hogar que nunca abandonó.

(III.8:1-3) ¿Se le puede pedir que emita juicios a lo que está desprovisto

de todo juicio? Y si ya lo has hecho, ¿creerías la respuesta que te da y te

ajustarías a ella como si fuese cierta? El mundo que ves a tu alrededor es la respuesta que se te dio, y tú le has conferido el poder de hacer los

ajustes necesarios en el mundo para que su respuesta sea cierta.

Esa última oración es crucial, ya que refleja un tema de suma importancia

que se repite a lo largo de nuestra sinfonía: la mente tomadora de decisiones

le da al ego su poder para ajustar el mundo para que su respuesta al pecado sea cierta. El ego teme el poder de la mente para elegir y busca volverla impotente fabricando un mundo y un cuerpo con los que estamos totalmente absortos, provocando que desarrollemos amnesia sobre su origen en la mente. Nos quedamos en un estado perpetuo de ausencia de la mente, sin darnos cuenta de que la consecución de la meta del ego es la verdadera atracción por el mundo y es la causa de nuestras preocupaciones corporales.

Todo esto es el resultado de preguntarle al ego - lo único que es ciego en todo el universo vidente de la verdad - que nos diga quiénes somos y cómo lograr la felicidad.

En resumen, la estrategia del ego es ocultarnos el poder de la mente para elegir contra la ilusión y por la verdad. Continuamos explorando este tema

al ver el comienzo de "La entrada al arca", una sección a la que volveremos

a más adelante cuando hablemos de la relación santa.

(IV.1:1-2) Nadie puede herirte a no ser que le confieras ese poder. Mas tú confieres poder según las leyes de este mundo interpretan lo que es dar: al dar, pierdes.

El mundo puede dañar el cuerpo solo cuando nuestra mente pone nuestra fe en él para hacerlo. Nada puede herirnos porque la verdadera realidad del

Hijo de Dios es la invulnerabilidad; no hay nada afuera que pueda cambiar

su mente, la sede del destino (para tomar prestada una frase neo-Platónica).

Sin embargo, permanecemos libres dentro del sueño para creer en el principio del ego de uno u otro: cuando damos a otro, perdemos; cuando

tomamos de otro, ganamos. Para repetir:



(IV.1:2) Mas tú confieres poder según las leyes de este mundo interpretan lo que es dar: al dar, pierdes.  
En la interpretación del mundo de dar, si tienes el poder y se lo das a otro,  
ya no lo tienes. Niegas en ti mismo el poder de elegir el pecado y se lo das a  
quienquiera que percibas como victimizándote, tus padres suelen encabezar  
la lista. Al ceder el poder de tu mente, te conviertes en alguien impotente y  
sin mente, "a merced de cosas que se encuentran más allá de ti, de fuerzas  
que no puedes controlar y de pensamientos que te asaltan en contra tu  
voluntad" (T-19.IV-D.7:4) – la culminación de la estrategia del ego.  
Desde  
dentro este sueño loco no hay escapatoria. Sin embargo, cuando se expone  
su horror, como lo hace Jesús repetidamente en el Curso, podemos elegir un  
sueño de perdón, el requisito previo para despertar.  
(IV.1:3-7) No obstante, no es a ti a quien corresponde conferir poder a nada. Todo poder es de Dios; Él lo otorga, y el Espíritu Santo, que sabe que al dar no puedes sino ganar, lo revive. Él no le confiere poder alguno al pecado, que, por consiguiente, no tiene ninguno; tampoco les  
confiere poder a sus resultados tal como el mundo los ve: la enfermedad, la muerte, la aflicción y el dolor. Ninguna de estas cosas ha  
ocurrido porque el Espíritu Santo no las ve ni le otorga poder a su aparente fuente. Así es como te mantiene a salvo de ellas.  
Esto refleja el principio de la Expiación de que la separación nunca ocurrió,  
contra el cual el ego se defiende continuamente. El Espíritu Santo no puede  
ver el pecado ni el mundo, pero sí ve la elección equivocada de la mente  
dividida que Su Presencia deshace. El ego teme nuestra elección corregida,  
porque el Espíritu Santo nos recuerda el verdadero poder de la mente

tomadora de decisiones. Debido a que ejercemos este poder incorrectamente, nuestras mentes también tienen la capacidad de corregirlo.

Sin querer que recuperemos la conciencia de la mente, el ego nos convence

de crear un sistema de pensamiento loco lleno de pensamientos horribles

que nos destruirían. Este horror requiere nada menos que un mundo loco

como defensa. El mundo proyectado de dolor y muerte, entonces, es el ajuste contra el ajuste o cambio original, que es la creencia en la realidad

del pecado (la "aparente fuente"). El propósito del ego para el mundo, mantenernos sin mentes, es el tema de nuestra próxima sección.

El mundo

(III.3:6-7) Tú fabricas el mundo, y luego te adaptas a él y haces que él se adapte a ti. Y no hay ninguna diferencia entre él y tú en tu percepción, la cual os inventó a los dos.

Elegimos el ego y convertimos el pecado en algo real, tan terriblemente real

que tuvimos que dejar la mente y hacer un mundo para sobrevivir.

Olvidando que lo logramos, nos encontramos atrapados en un cuerpo, en el

que nacimos y en el que moriremos, necesitando nuestro ajuste en lugar del

que originalmente hicimos como el ajuste al pecado. Siendo el mismo en

esencia y propósito, no hay diferencia entre el interior y el exterior. Sin embargo, no conocemos la mente (interior), y sólo somos conscientes de un

mundo hostil (exterior) en el que somos vulnerables y al que debemos adaptarnos. La relación especial, como hemos visto, es nuestra principal

forma de adaptarnos al dolor y al sufrimiento que este mundo parece infligirnos.

(III.4:1-2) Todavía queda una pregunta por contestar, la cual es muy simple. ¿Te gusta lo que has fabricado? Un mundo de asesinatos y de ataque por el que te abres paso tímidamente en medio de constantes peligros, solo y temeroso, esperando a lo sumo a que la muerte se demore un poco antes de que se abalance sobre ti y desaparezcas.

No podemos responder a la pregunta "¿te gusta lo que has fabricado?" siempre y cuando olvidemos que nosotros lo fabricamos. Hemos visto (T13.in.2) una descripción similar de la desesperanza del mundo – este lugar

de ataque, pérdida y muerte; sin esperanza, porque no tenemos ningún

recuerdo de que lo hemos fabricado. Una mañana, antes del inicio de la

escritura del Curso, Helen se despertó oyéndose decir estas palabras:

"Nunca subestimes el poder de la negación". ¡Qué poder tiene la mente,

habiendo logrado la hazaña de fabricar el mundo y luego negando su propio

poder! Esta dinámica de negación hace que sea aparentemente imposible

deshacer nuestro error. Pero hay esperanza, como nos dice Jesús:

(III.4:3-5) Todo eso son fabricaciones tuyas. Es un cuadro de lo que tú crees ser: de cómo te ves a ti mismo. Los asesinos están aterrorizados y

los que matan tienen miedo de la muerte.

Somos los asesinos que creen que mataron a Dios y crucificaron a Su Hijo.

La culpa de la mente por esto se proyecta un auto-concepto lleno de pecado,

lo que lleva al miedo al castigo que creemos que es merecido. Sin embargo,

si todo esto es nuestro sueño, podemos cambiarlo, y ahí radica la verdadera

esperanza – no en el mundo, sino en la mente que una vez eligió la locura

como su maestra.

(III.4:6) Todas estas cosas no son sino los temibles pensamientos de aquellos que se amoldan a un mundo que se ha vuelto temible debido a

los ajustes que ellos hicieron.

Para recapitular esta importante dinámica, comenzamos con el ajuste original de la separación, el cambio de la Unidad del Cielo. Este cambio es

etiquetado como pecado por el ego, que exige un ajuste o defensa que es el

mundo. Nacidos indefensos y vulnerables, debemos ajustarnos aún más, al

mismo tiempo que tratamos de ajustar el mundo a nosotros.

Intentamos

cambiar las cosas externas para satisfacer nuestras necesidades a través de

las defensas de la seducción, la manipulación y el control de los objetos

odiados que nacen de nuestras proyecciones. Él cuerpo sirve bien a este

propósito, porque es una verdadera máquina de necesidades que clama por

alguien o algo especial para alimentar sus antojos especiales.

(III.4:7) Y lo contemplan con pesar desde su propia tristeza interior, y ven la tristeza en él.

La tristeza original está dentro: "¡Mira lo que hemos hecho! Tiramos el Amor de Dios y lo hemos perdido para siempre. Habiéndonos quedado huérfanos, nunca volveremos a casa". Cada uno de nosotros lleva esta profunda tristeza en su interior, siendo tan insoportablemente dolorosa que

continuamente la proyectamos desde la mente y la vemos por todos lados.

No es obra nuestra, exclamamos: no somos la causa, porque otros han producido nuestra tristeza y alienación. Este dolor es el propósito del mundo.

(III.5:1-3) ¿Te has preguntado alguna vez cómo es realmente el mundo y que aspecto tendría si se contemplase con ojos felices? El mundo que

ves no es sino un juicio con respecto a ti mismo. No existe en absoluto.

Esta es una de las innumerables ocasiones, con muchas variaciones, en las

que encontramos este tema articulado en el Curso: el mundo no está aquí en

absoluto. Sin embargo, mientras creamos que lo está, se nos debe enseñar a

verlo a través de los ojos de la paz y no del juicio, la visión de felicidad del

Espíritu Santo que anuncia el fin de la culpa y la percepción. La proyección

da lugar a la percepción, y el mundo que miramos es el desplazamiento de una idea que no ha abandonado su fuente: culpa o perdón, juicio o visión.

(III.5:4-5) Tus juicios, no obstante, le imponen una sentencia, la justifican y hacen que sea real. Ése es el mundo que ves: un juicio contra ti mismo, que tú mismo has emitido.

Es solo nuestra creencia en el mundo lo que le da su realidad; pero es una

aparente realidad. El supremo propósito del ego es que mantengamos la

separación que robamos al Cielo, pero culpando a otros por ello, otro tema

recurrente en nuestra sinfonía. Es por esta razón que nunca estamos justificados para sostener a otros como responsables de la miseria que sentimos, ya que nuestras vidas son como son por nuestra decisión.

Después

de todo, es solo nuestro sueño de juicio lo que estamos

experimentando, no

el de alguien más.

(III.5:6) El ego protege celosamente esa imagen enfermiza de ti mismo, pues ésta es su imagen y lo que él ama, y la proyecta sobre el mundo.

Jesús luego se refiere a esta imagen de nosotros mismos como una

"parodia" (T-24.VII.1:11; 10:9) del glorioso Ser que Dios creó. Nos

hemos

convertido en esta criatura física enfermiza, "la morada del mal, de las tinieblas y del pecado" (L-pl.93.1:1), pero otro nos hizo de esta manera.

Así, nuestro mundo está habitado por personas odiosas a las que se puede

culpar de nuestro dolor.

(III.5:7) Y tú te ves obligado a adaptarte a ese mundo mientras sigas creyendo que esa imagen es algo externo a ti, y que te tiene a su merced.

Vimos el mismo tema en el cuarto obstáculo a la paz, la creencia de que

estamos a merced de fuerzas que no podemos controlar (T-19.IV-D.7:4).

Una vez más, el ego fabricó el mundo para que pudiéramos culpar a los

demás, haciendo de ellos la causa de nuestra miserable suerte en la vida. Ya sea que hablemos de karma, genética, la salud prenatal de nuestra madre, las influencias de los padres y el medio ambiente, las acciones de los gobiernos, el clima o incluso Dios – la vida nunca es culpa nuestra. Somos víctimas impotentes y sin mente de un mundo frío y cruel, y esto es la culminación de la estrategia del ego que nos impide elegir conscientemente despertar del sueño, responsabilizando a otros por nuestro estado de infelicidad.

(III.5:8) Ese mundo es despiadado, y si se encontrase fuera de ti, tendrías ciertamente motivos para estar atemorizado. Por eso se nos enseña que no hay nada que temer. Todo lo que percibimos, nosotros lo ponemos allí – la proyección da lugar a la percepción – y lo ponemos allí para poder decir que la fuente del miedo no es la decisión de la mente por la culpa, sino que tenemos miedo de ti, quienquiera que tú seas o lo que seas. Esto es increíblemente eficaz como defensa porque el ego nos ha convencido de que las ideas sí abandonan su fuente; es decir, que la proyección funciona – la causa del miedo ya no está en nosotros, sino en el mundo despiadado que está fuera de nosotros.

(III.5:9) Pero fuiste tú quien hizo que fuese inclemente, y si ahora esa inclemencia parece volverse contra ti, puede ser corregida. La buena noticia es que tenemos el poder en nuestras mentes para elegir cómo percibiremos el mundo: como algo a punto de destruirnos, al que debemos adaptarnos y contra el que tenemos defendernos nosotros mismos; o como un espejo de nuestras elecciones equivocadas que nos permite volver a la mente y elegir otra vez. Este mismo tema se encuentra en "La visión de la impecabilidad", donde se expresa aún más clara e intencionadamente:

(VIII.7:3-5) ¿Qué pasaría si reconocieses que este mundo es tan sólo una alucinación? ¿O si realmente entendieses que fuiste tú quien lo inventó? ¿Y qué pasaría si te dices cuenta de que los que parecen deambular por él, para pecar y morir, atacar, asesinar y destruirse a sí mismos son totalmente irreales?

Estas preguntas retóricas nos dicen que el mundo es un lugar que inventamos, repleto de personas que atacan, sufren y mueren. La alucinación es un término psiquiátrico que se usa deliberadamente aquí. Los

médicos etiquetan como psicóticos aquellos que experimentan alucinaciones visuales, auditivas, olfativas, gustativas y táctiles donde ven,

oyen, huelen, saborean y tocan lo que no está allí. Están desconectados del

mundo "real" porque perciben lo que no existe.

Como lo hace tan a menudo en Un Curso de Milagros, Jesús toma la definición estrecha y mundana de un término y la expande, diciéndonos que

todo el mundo alucina. Como cuerpos, literalmente experimentamos lo que

no está aquí, ya que el mundo no existe. Sin embargo, existe la proyección

del pensamiento, que una vez proyectado se oculta detrás de un velo de

negación (la línea sólida en el gráfico [ver Apéndice]) que cae sobre la mente, borrando todo recuerdo de los orígenes del mundo. Olvidamos que

la mente es la causa y el mundo un efecto. Como resultado, "vemos", etc.,

lo que estamos imaginando que está ahí. Aceptando nuestra separación de

Dios, creemos que somos pecadores y luego olvidamos que estos pensamientos son fabricaciones de una mente delirante (otro término psiquiátrico). El pensamiento proyectado produce un cuerpo con un aparato

sensorial que nos informa a nosotros la aparente realidad de un mundo que

se puede ver, oír, oler, saborear y tocar; y además, es un mundo cuya pecaminosidad puede dañarnos.

Jesús nos pide que consideremos qué pasaría si realmente supiéramos que el mundo es inventado. Sin embargo, es más fácil decirlo que considerarlo. El problema es que lo que inventamos incluye a la persona con el nombre que creemos que es el nuestro, con ojos y oídos que con los que creemos que vemos y oímos, y un cerebro que creemos que puede pensar sobre lo que nuestros ojos y los oídos le dicen. ¡Esto significa que nosotros también somos alucinaciones! El yo que escribe estas palabras y el otro yo que está leyendo y tratando de poner en práctica sus principios – todo esto es inventado, de hecho, el ego nunca quiere que nosotros nos demos cuenta. Se ha hecho todo lo posible para crear un sistema defensivo que culmina en el universo físico y el cuerpo, asegurándonos de que nunca recordemos nuestra fuente del pecado y la culpa de la mente que no son más que un sistema de pensamiento de engaños.

(VIII.7:6-7) ¿Podrías tener fe en lo que ves si aceptases esto? ¿Y lo verías?

La respuesta, por supuesto, es “no”. Lo que sabemos que no existe realmente no se puede ver ni creer. No hace falta decir que, en este punto de nuestro viaje, la existencia misma del ego se basa en nuestro no conocimiento de la verdad acerca de la ilusión. De ahí el mundo inconsciente de los cuerpos sensoriales que establecen la fe en lo irreal.

(VIII.8:1) Las alucinaciones desaparecen cuando se reconocen como lo que son.

Esto subraya la importancia del tema de mirar, un tema que hemos visto expresado dramáticamente en movimientos anteriores de nuestra sinfonía.

Cuando la visión mira lo que sucede en el mundo, un reflejo de lo que sucede en la mente, todo cambia porque nos damos cuenta de que



literalmente no hay nada que ver. Nada existe fuera de la mente y nada es real en la mente tampoco; la única "realidad" en el sueño es la Expiación, que refleja la realidad de Dios.

(VIII.8:2-5) Ésa es la cura y el remedio. No creas en ellas, y desaparecen. Lo único que necesitas reconocer es que todo ello es tu propia fabricación. Una vez que aceptas este simple hecho y recuperas el poder que les habías otorgado, te liberas de ellas.

La cura y el remedio están en la mente porque ese es el lugar de la enfermedad. Esta misma idea se afirma aún más claramente cuando Jesús dice: "El secreto de la salvación no es sino éste: que eres tú el que se está haciendo todo esto a sí mismo" (T-27.VIII.10:1). Somos liberados de todas nuestras alucinaciones, especialmente aquellas que creemos que pueden hacernos daño, porque nos damos cuenta de que no pueden hacernos daño.

Todo lo que es dañino es nuestra elección equivocada por el ego. Este simple cambio de atención del mundo a la mente es la elección del Cielo en lugar del infierno, devolviéndole el poder de las "leyes" del mundo a la mente que las estableció para mantenerse aferrada al sistema de pensamiento de separación, enfermedad y muerte del ego.

(VIII.8:6-7) Pero en esto no hay duda: las alucinaciones tienen un propósito, y cuando dejan de tenerlo, desaparecen. La pregunta, por lo tanto, no es nunca si las deseas o no, sino si deseas el propósito que apoyan.

Otro gran tema sinfónico reaparece: el propósito. Como estudiantes de este curso, es imperativo que entendamos el propósito del mundo, por eso volvemos repetidamente al tema de la estrategia del ego: su necesidad de defenderse contra el poder de la mente de elegir contra él, inventando un sistema de pensamiento que nos aterroriza tanto que voluntariamente elegimos dejar la mente y fabricar un mundo. Este mundo sin mente se

convierte en una defensa contra nuestra culpa, y la culpa es una defensa  
contra nuestra elección de la Expiación. La clara implicación de lo anterior  
es que el problema nunca es la alucinación misma (forma), sino el propósito  
de la mente para ella (contenido). Veremos ahora cómo un cambio hacia el  
propósito del Espíritu Santo, desde el juicio hacia la visión, cambia nuestra  
percepción del mundo.  
(VIII.8:8-10) Este mundo parece tener muchos propósitos, todos ellos diferentes entre sí y con diferentes valores. Sin embargo, son todos el mismo. Una vez más, no hay grados, sino sólo una aparente jerarquía de valores.  
Esta es la primera ley del caos del ego: "hay una jerarquía de ilusiones" (T23.II.2:3). La respuesta del Espíritu Santo es el primer principio de los milagros: no hay grados de dificultad entre ellos (T-1.I.1:1). Cada problema  
es el mismo, independientemente de su forma y significado aparente, y cada solución es la misma. El problema es solo la elección de la mente por el ego. En ese loco instante valoramos su oferta de separación y especialismo,  
y no le damos valor a la corrección de la Expiación del Espíritu Santo y la imposibilidad de la separación – la única respuesta al único problema.  
(VIII.9:1-4) Sólo dos propósitos son posibles: el pecado y la santidad. No existe nada entremedias, y el que elijas determinará lo que veas. Pues lo que ves simplemente demuestra cómo has elegido alcanzar tu objetivo.  
Esta simple decisión se puede expresar de diferentes formas: culpa, miedo y pecado; o perdón, amor y santidad. Los dos conjuntos son mutuamente excluyentes y el mundo percibido refleja la elección de la mente. La única pregunta significativa que debemos hacernos es "¿Qué es lo que

queremos?" La respuesta que damos determina cómo nos vemos a nosotros mismos y al mundo.

(VIII.9:5-6) Las alucinaciones sirven para alcanzar el objetivo de la locura. Son el medio a través del cual el mundo externo, proyectado desde adentro, se ajusta al pecado y parece dar fe de su realidad. El propósito del ego es hacer un mundo irreal de pecado y culpa en la mente, y luego un universo físico irreal para defendernos de nuestro acceso

a esta mente al hacernos ver el pecado y la culpa como reales, pero fuera de nosotros. Estas alucinaciones percibidas reflejan el pensamiento delirante

de la mente, pero la respuesta cuerda del Espíritu Santo descansa pacientemente dentro, esperando nuestra decisión de regresar de la locura a la cordura.

(VIII.9:7-8) Aún sigue siendo cierto, no obstante, que no hay nada afuera. Sin embargo, es sobre esta nada donde se lanzan todas las proyecciones.

La nada exterior es la proyección de la nada interior del sistema de pensamiento del ego – nada construida sobre nada. Como dijo el Rey Lear

en respuesta al silencio de su hija Cordelia: "De nada no sale nada" (I,i).

Esto es literalmente cierto. La nada del sistema de pensamiento del ego da

lugar a la nada del mundo. Debe ser así porque las ideas no abandonan su fuente – "de nada no sale nada".

(VIII.9:9) Pues es la proyección la que le confiere a la "nada" todo el significado que parece tener.

Jesús en otra parte describe los pensamientos que no perdonan como aquellos que protegen nuestras proyecciones (L-III.1.2:3). Mientras tanto,

como creemos que otros han hecho algo en contra nuestra, justificamos

nuestra falta de perdón – ellos son los enemigos malvados – siendo capaces

de proteger la proyección del pensamiento secreto de que nosotros  
somos  
los verdaderos villanos. Sin embargo, dado que nuestros pensamientos  
llenos de pecado sobre nosotros mismos no son nada, los  
pensamientos  
sobre los demás también deben ser nada – "de nada no sale nada".  
(VIII.10:1-2) Lo que carece de significado no puede ser percibido. Y el  
significado busca siempre dentro de sí para encontrar significado, y  
luego mira hacia afuera.  
La proyección da lugar a la percepción. Miramos hacia adentro,  
establecemos lo que es significativo y luego lo vemos afuera. El ego  
nunca  
nos hace mirar hacia adentro porque no quiere que recordemos el  
poder de  
la mente para elegir, el verdadero enemigo del ego.  
(VIII.10:3) Todo el significado que tú le confieres al mundo externo  
tiene que reflejar, por lo tanto, lo que viste dentro de ti, o mejor dicho,  
si es que realmente viste o simplemente emitiste un juicio en contra de  
lo que viste.  
No había nada verdaderamente en nuestras mentes; simplemente  
hicimos un  
juicio errado de pecado, un error corregido por la luz de nuestro  
Maestro  
cuando le llevamos a Él la oscuridad de nuestra culpa. Volvemos a ver  
la  
expresión clara de estas ideas a medida que nuestro Maestro  
Sinfonista las  
reintroduce continuamente. Las formas de expresión difieren, pero  
cada  
movimiento de su sinfonía contiene el mensaje esencial de la plenitud  
de la  
mente que es la esencia del perdón.  
El cuerpo y las relaciones especiales.  
El cuerpo es ahora nuestro enfoque, siendo la encarnación del  
pensamiento  
de separación del ego (ver L-pl.72.2). Es una parte intrínseca del  
mundo de  
la nada inventado por el ego, diseñado para protegernos de mirar  
dentro y

darnos cuenta de la nada de la mente. Siguiendo la guía del ego percibimos su sistema de pensamiento en nuestras corporales relaciones especiales, y hemos olvidado la mente que es el único lugar donde el ego puede ser deshecho.

(VI.11:1-2) El cuerpo es el ídolo del ego, la creencia en el pecado hecha carne y luego proyectada afuera. Esto produce lo que parece ser una muralla de carne alrededor de la mente, que la mantiene prisionera en un diminuto confín de espacio y tiempo hasta que llegue la muerte, disponiendo de un solo instante en el que suspirar, sufrir y morir en honor a su amo.

Hasta aquí el cuerpo grandilocuente al que nos inclinamos y adoramos, es

un ídolo de la locura que es el retrato del ser encadenado y moribundo que

fabricamos como sustituto de la libre y eterna Mente de Cristo, nuestro verdadero Ser. Jesús quiere que veamos la locura de haber creído alguna

vez que el yo corporal es quienes somos. Cuanto más clara sea nuestra visión, lo que facilita el dejar ir el juicio, más fácil será tomar la decisión en

favor de la cordura.

(VI.11:3-5) Y este instante no santo es lo que parece ser la vida: un instante de desesperación, un pequeño islote de arena seca, desprovisto

de agua y sepultado en el olvido. Aquí se detiene brevemente el Hijo de

Dios para hacer su ofrenda a los ídolos de la muerte y luego fallecer. Sin

embargo, aquí está más muerto que vivo.

El cuerpo es esta imagen de la muerte, y aunque la palabra no se usa, Jesús

está describiendo un desierto, un símbolo que hemos visto anteriormente

(T-18.VIII.9-10). También está en el libro de ejercicios, donde se nos dice

que vivimos en “un mundo árido y polvoriento, al cual criaturas hambrientas y sedientas vienen a morir” (L-pII.13.5:1). Prácticamente

ninguna vida crece en un desierto, y Jesús quiere que entendamos no solo

que este es el caso aquí, sino por qué. El cuerpo es nada porque los pensamientos que lo originaron son nada – el pecado y la culpa son pensamientos de muerte: el asesinato del Padre por parte del Hijo Quien

busca devolver el favor. En defensa de la mente errada, fabricamos un mundo y un cuerpo que apestan a muerte, y culpamos por su fétido olor a

algo distinto que a nosotros mismos: la ley natural de la vida, el castigo de

Dios por el pecado o el castigo en el ataque de otras personas. No hay recuerdo de que la muerte sea solo un pensamiento que la mente delirante

eligió para confundirnos con nuestra identidad.

Continuando con nuestro examen del cuerpo, pasamos a pasajes que subrayan la idea del propósito. Es imperativo que entendamos por qué, desde el punto de vista del ego, elegimos estar en cuerpos. Esto nos libera

para aprender que el cuerpo no nos dará lo que realmente queremos, lo cual

nos proporcionará la motivación para elegir el perdón del Espíritu Santo

que deshace el propósito del ego para el cuerpo:

(VII.5:1-2) El cuerpo es el medio elegido a través del cual el ego trata de hacer que la relación no santa parezca real. El instante no santo es el

tiempo de los cuerpos.

En el instante santo, los cuerpos no existen en absoluto (T-18.VII.3:1) porque se ha elegido la Expiación en lugar de la separación. El cuerpo es el

resultado de la creencia de que estamos separados de nuestra Fuente, porque sin una fe tan fuera de lugar no podría haber un sistema de pensamiento del ego y, por lo tanto, no habría separación ni mundo. Nuestras relaciones especiales (no santas), siempre experimentadas en los

cuerpos, refuerzan el sistema de pensamiento del ego que busca hacer realidad la ilusión, e ilusión la realidad.

(VII.5:3-4) Y su propósito aquí es el pecado. Mas éste no se puede alcanzar salvo en fantasías, y, por lo tanto, la ilusión de que un

hermano es un cuerpo está en perfecta consonancia con el propósito de

lo que no es santo.

El propósito del cuerpo es hacer que el pecado sea real, pero que alguien

más sea responsable por él. Entramos en relaciones con otros cuerpos para

fomentar la ilusión de que el pecado es un hecho, pero que no tiene nada

que ver con nosotros. Dado que todos somos iguales en el nivel de la mente

(mente errada, mente correcta, tomador de decisiones), la ilusión de separación, diferenciación, juicio y ataque – el cuarteto no santo del ego –

puede ser mantenida sólo por la creencia en los cuerpos. Por eso podemos

hablar de nuestras relaciones especiales aquí como los grandes conservadores de la ilusión y del ataque a la verdad.

(VII.5:5) Debido a esta correspondencia, los medios no se ponen en duda mientras se siga atribuyendo valor a la finalidad.

La finalidad que apreciamos es preservar la separación a través del pecado,

y el medio son nuestras relaciones no santas. Nunca las cuestionamos porque parecen reflejar la ley de la naturaleza: un feto tiene una relación de

dependencia con su madre, un niño tiene padres y otros cuerpos con los que

se relaciona con el propósito de tener sus necesidades satisfechas, etc.

Esta

es nuestra vida como cuerpos, su propósito es servir a la meta del pecado, a

expensas de otro. Nada más importa excepto eso.

(VII.5:6) La visión se amolda a lo que se desea, pues la visión siempre sigue al deseo.

Lo que percibimos proviene de lo que proyectamos: el deseo de estar separados y culpar a los demás por ello, reflejando el deseo de la mente de

hacer real la separación y negar la Expiación que deshace el ego. Para repetir, esto significa que es la decisión de la mente la que determina la

experiencia corporal: la causa (mente) produce efectos (cuerpo); no al revés.

(VII.5:7-9) Y si lo que ves es el cuerpo, es que has optado por los juicios en vez de por la visión. Pues la visión, al igual que las relaciones, no admite grados. O ves o no ves.

El tema de la visión o el juicio es central en este capítulo. La visión refleja

nuestra elección por el Espíritu Santo, lo que significa que vemos los cuerpos desde la perspectiva del perdón, no desde el pecado y la culpa.

Juicio significa que los cuerpos sirven al propósito del ego, lo que nos protege del primer objeto de juicio – nuestra pecaminosidad – proyectándola en otros, a quienes luego condenamos. La elección es siempre entre la ilusión de juicio del ego o la visión de la verdad del Espíritu Santo; no hay término medio.

(VII.6:1-2) Todo aquel que ve el cuerpo de un hermano ha juzgado a un hermano y no lo ve. No es que realmente lo vea como un pecador, es que sencillamente no lo ve.

Si vemos a los demás como cuerpos, los vemos como Dios no los creó. Nos

creó como espíritu unificado, y cuando vemos a los demás como cuerpos

diferenciados, vemos hijos de la separación. ¿Cómo, entonces, podríamos

ver el rostro inocente e inseparable de Cristo en ellos o en nosotros mismos?

(VII.6:3-7) En la penumbra del pecado su hermano es invisible. Ahí sólo puede ser imaginado, y es ahí donde las fantasías que tienes acerca

de él no se comparan con su realidad. Ahí es donde las ilusiones se mantienen separadas de la realidad. Ahí las ilusiones nunca se llevan ante la verdad y siempre se mantienen ocultas de ella. Y ahí, en la obscuridad, es donde te imaginas que la realidad de tu hermano es un cuerpo, el cual ha entablado relaciones no santas con otros cuerpos y sirve a la causa del pecado por un instante antes de morir.

La realidad de nuestros hermanos, así como la nuestra, reside en la mente

correcta, la cual recordamos cuando elegimos la Expiación del Espíritu Santo. Al hacer que los cuerpos sean reales, nuestra vista se dirige hacia



afuera donde no puede ver en absoluto. Esto impide devolver las ilusiones a la verdad, que es el único propósito real del mundo. El velo de negación del ego mantiene las ilusiones y la realidad separadas, ocultándolas a ambas en la obscuridad del pecado que se proyecta en nuestras relaciones especiales con los cuerpos. Hasta cuando, Jesús nos preguntaría aquí, ¿queremos proteger las imaginadas ilusiones de odio y amor cuando podemos muy fácilmente dejarlas ir y descansar en la paz de Dios?

(VIII.4:6-8) ¿Por qué piensas que el cuerpo es un mejor hogar, un albergue más seguro para el Hijo de Dios? ¿Por qué preferirías ver el cuerpo en vez de la verdad? ¿Cómo es posible que esa máquina de destrucción sea lo que prefieres y lo que eliges para reemplazar el santo hogar que te ofrece el Espíritu Santo, y donde Él mora contigo?

La respuesta a estas preguntas es que el cuerpo sirve al propósito del pecado, preservando la identidad del ego, pero culpando a otros por nuestro dolor. Es el medio de ataque del ego, su "máquina de destrucción", una frase evocadora que sugiere una bomba o arma que connota la cosa asesina que se dice que Dios ha creado — un instrumento de muerte para los demás y para nosotros mismos. Solo los locos podrían creer que este es nuestro hogar, el cual ha sido dispuesto por el Cielo.

(VIII.5:1-6) El cuerpo es el signo de la debilidad, de la vulnerabilidad y de la pérdida de poder. ¿Qué ayuda te puede prestar un salvador así? ¿Le pedirías ayuda a un desvalido en momentos de angustia y de necesidad? ¿Es lo ínfimamente pequeño la mejor alternativa a la que recurrir en busca de fortaleza? Tus juicios parecerán debilitar a tu salvador. Mas eres tú quien tiene necesidad de su fortaleza.

El cuerpo es un signo de la debilidad del poder porque el poder está en la mente, no en el cuerpo. Esto explica porque a las personas les encanta ejercitar sus músculos para parecer todopoderosos, física o

psicológicamente. Esto es lo que Freud llamó formación de reacción, donde actuamos de manera opuesta a lo que realmente pensamos o sentimos. En un sentido, la debilidad y el sufrimiento corporales son poderosos porque son los medios del ego para manipular a los demás haciendo que se sientan culpables o que cuiden de nosotros. Sin embargo, no existe un verdadero poder en el mundo, a pesar de sus arsenales de odio. La fuerza en el sueño existe solo en la mente que sueña sus sueños de placer (amor especial) y dolor (odio especial).

La verdadera fuerza que necesitamos de los demás proviene de darnos cuenta de que sus cuerpos son una proyección tanto como el nuestro. Es posible, y, de hecho, es necesario, que veamos el cuerpo y sus relaciones especiales a través de la visión del Espíritu Santo, con nuestro único propósito de volver a la mente para que podemos elegir de nuevo. Y entonces Jesús pregunta por qué nos volvemos hacia algo tan ínfimamente pequeño y débil cuando la verdadera fortaleza no descansa en el ego, sino en la creencia de la mente en él. El ego, por lo tanto, nunca quiere que ganemos acceso al poder que puede terminar su existencia en un instante.

El comienzo de "La ofrenda de azucenas" nos proporciona un retrato aún más descriptivo del uso del cuerpo por parte del ego para atrapar a las personas en su insidiosa red de especialismo:

(II.1:1-3) Observa todas las baratijas que se confeccionan para colgarse del cuerpo, o para cubrirlo o para que él las use. Contempla todas las cosas inútiles que se han inventado para que sus ojos las vean. Piensa en las muchas ofrendas que se le hacen para su deleite, y recuerda que todas ellas se concibieron para que aquello que aborreces pareciera

hermoso.

Jesús no está diciendo que debamos sentirnos culpables porque usemos

joyas o hagamos otras cosas para hacer nuestros cuerpos atractivos.

Sólo

pide que entendamos el propósito del especialismo al que sirven, cuestionando si realmente lo queremos. Odiamos el cuerpo porque hicimos

de él un símbolo de culpa y tratamos de disfrazarlo transformándolo en algo

hermoso o incluso santo (formación de reacción). Por eso odiamos en secreto lo que creemos que amamos: el cuerpo que creemos ser es feo, con

el hedor del pecado sobre él, y lo consideramos hermoso e incluso de olor

agradable – defensas contra lo que nuestra mente cree que es verdad.

(II.1:4-6) ¿Utilizarías eso que aborreces para cautivar a tu hermano y atraer su atención? Date cuenta de que lo único que le ofreces es una corona de espinas, al no reconocer el cuerpo como lo que es y al tratar de justificar la interpretación que haces de su valor basándote en la aceptación que tu hermano hace de él. Aun así, el regalo proclama el poco valor que le concedes a tu hermano, del mismo modo en que el agrado con que él lo acepta refleja el poco valor que él se concede a sí mismo.

Este pasaje refleja las extrañas negociaciones que hacemos entre nosotros:

nuestras relaciones especiales que se centran en el cuerpo para lograr su

propósito de pecado y culpa, odio a sí mismo y juicio. Todos compartimos

estos regalos del ego que devalúan nuestro Ser, poniendo valor en cambio

en las ofrendas del especialismo: nuestra existencia individual de la que otra

persona es responsable. Nos delei-tamos jugando el juego de la culpa y el

ataque, aceptando el regalo de la corona de espinas, el símbolo de la Pascua

que refleja nuestra mutua crucifixión, la cual asegura la supervivencia del

ego a expensas de otro.

(II.2:1-3) Si los regalos se han de dar y recibir de verdad, no se pueden dar a través del cuerpo. El cuerpo no puede ofrecer ni aceptar nada; tampoco puede dar o quitar nada. Sólo la mente puede evaluar, y sólo ella puede decidir lo que quiere recibir y lo que quiere dar.

La mente y el cuerpo vuelven a colocarse en su alineación adecuada: la

mente es la causa y el cuerpo el efecto. Es sólo la mente la que da y recibe,

ama y odia, siente dolor o placer. Ya que las ideas no abandonan su fuente,

el pensamiento de separación de la mente no puede abandonarla. Todo lo

que parece ocurrir desde y hacia el cuerpo permanece en la mente como un

sueño de juicio y muerte.

(II.2:4) Y cada regalo que ofrece depende de lo que ella misma desea.

¿Queremos el regalo del perdón o el de la culpa? Si ofrecemos culpa al atacar, esto refleja el deseo de separación; si lo que damos es perdón, es el

valor de la Expiación lo que más apreciamos. Muy simplemente, lo que recibimos depende del maestro que elijamos – el ego o Jesús.

(II.2:5-6) La mente engalanará con gran esmero lo que ha elegido como

hogar, y lo preparará para que reciba los regalos que ella desea obtener, ofreciéndoselos a aquellos que vengan a dicho hogar, o a aquellos que quiere atraer a él.

Lo que hacemos con el hogar elegido por el ego, nuestro cuerpo o el de otra

persona, resulta de lo que elegimos hacer real en nuestra mente: separación

o Expiación, culpa o perdón. El cuerpo y sus acciones no son más que proyecciones oscuras o reflejos llenos de luz de la decisión de la mente por

el especialismo o por la santidad.

Pasamos ahora a "El templo del Espíritu Santo", donde Jesús corrige la muy

influyente enseñanza de San Pablo de que el templo del Espíritu Santo es el

cuerpo (1 Corintios 6:19) y ahí leeremos: el templo del Espíritu Santo es una relación, la cual solo puede estar en la mente. También veremos otra declaración de la corrección de Jesús a la enseñanza Católica de la Eucaristía y, más concretamente, del Santísimo Sacramento – la hostia consagrada que se cree que se convirtió en el cuerpo de Jesús. Este pan sagrado se coloca en el altar o en un tabernáculo, para que sea adorado por todos los Católicos. Cuando los fieles entran o salen de la iglesia y hacen una genuflexión, por ejemplo, es esta "presencia real" de Jesús ante la que ellos se inclinan, en fiel obediencia a la elevación por parte del ego de la forma sobre el contenido, del cuerpo sobre la mente, del odio sobre el amor.

El verdadero templo del Espíritu Santo, la presencia de la Expiación de mentalidad-correcta, se convierte en un edificio físico para albergar los secretos del especialismo, su verdadera ofrenda de culpa envuelta en el misterio teológico de lo aparentemente sagrado.

(VI.2) Nada puede mostrar mejor este contraste [entre nuestra relación real y nuestra relación no santa con Dios] que la experiencia de ambas clases de relación, la santa y la no santa. La primera se basa en el amor,

y descansa sobre él serena e imperturbada. El cuerpo no se inmiscue en

ella en absoluto. Ninguna relación de la que el cuerpo forma parte está basada en el amor, sino en la idolatría. El amor desea ser conocido, y completamente comprendido y compartido. No guarda secretos ni hay nada que desee mantener aparte y oculto. Camina en la luz, sereno y con los ojos abiertos, y acoge todo con una sonrisa en sus labios y con una sinceridad tan pura y tan obvia que no podría interpretarse erróneamente.

El amor no esconde nada y no tiene secretos ni misterios. En el amor especial, por otro lado, nacido en el instante no santo cuando el ego fue

elegido en lugar del Espíritu Santo, todo es secreto. Tratamos de enterrar nuestra mente pecadora al fabricar un mundo, y luego proyectar nuestro secreto culpable en los cuerpos para que ahora exista en otros y no en nosotros. Este secreto es el propósito de la relación no santa: ocultar la "verdad" de nuestro pecado, que a su vez esconde la verdad del amor que permanece sereno e imperturbable en nuestras mentes correctas, esperando tranquilamente nuestro regreso a ella.

(VI.3) Mas los ídolos no comparten. Aceptan, pero lo que aceptan no es correspondido. Se les puede amar, pero ellos no pueden amar. No entienden lo que se les ofrece, y cualquier relación en la que entran a formar deja de tener significado. El amor que se les tiene ha hecho que el amor no tenga significado. Viven en secreto, detestando la luz del sol,

felices, no obstante, en la penumbra del cuerpo, donde pueden ocultarse y mantener sus secretos ocultos junto con ellos mismos. Y no tienen relaciones, pues allí no se le da la bienvenida a nadie. No le sonríen a nadie, ni ven a los que les sonríen a ellos.

Los ídolos no pueden dar nada porque son piezas de madera sin vida. Son

ideas de nada, como lo es el sistema de pensamiento del ego que es su

fuente. El cuerpo es el ídolo especial del ego, hecho para ocupar el lugar de

Dios y el de nuestro Ser. Es la identidad separada que adoramos, desplazada

sobre el cuerpo que se convierte en el depósito de la culpa, por eso hablamos de la relación especial como el hogar de la culpa. Dado que es la

separación lo que veneramos, no le damos la bienvenida a nadie realmente

porque todo a lo que podemos dar la bienvenida es desde una ilusión a otra.

Nuestro interés nunca está en una relación real, la cual marcaría el fin del

ego, sino en otras – personas, objetos, sustancias – como medio para escapar de nuestra culpa. A pesar de esta idolatría, el Cristo sonríe

gentilmente en su interior mientras espera la decisión de nuestra mente en favor de la cordura.

(VI.4:1) El amor no tiene templos sombríos donde mantener misterios en la obscuridad, ocultos de la luz del sol.

El uso recurrente del misterio en esta sección es otra alusión a la Iglesia

Católica, que responde a preguntas que no puede responder – como la Trinidad, la transubstanciación o el sufrimiento humano – diciendo que son

misterios incomprensibles. El hecho es que es sólo el ego el que no puede

ser entendido, por ser demente. Sin embargo, una vez aceptado como nuestra realidad, el significado del amor de la unidad perfecta es fácilmente

reconocible y entendido, ya que los misterios sombríos del sistema de pensamiento del ego son expuestos a la luz de la verdad en la que se desvanecen suavemente.

(VI.4:2-3) No va en busca de poder, sino de relaciones. El cuerpo es el arma predilecta del ego para obtener poder mediante las relaciones que entabla.

El poder del amor es su perfecta unidad, que se refleja en el sueño por los

intereses compartidos de la relación santa. El ego, por otro lado, ve el poder

como la oportunidad de dar a otros nuestra culpa en una miríada de formas

de especialismo, todas las cuales tienen como meta la dominación y la incautación de la inocencia que no es nuestra. Esta "violación" de otros ocurre no solo sin su consentimiento, sino a menudo ni siquiera sabiendo

que se les ha arrebatado su inocencia.

(VI.4:4-7) Y sus relaciones sólo pueden ser profanas, pues lo que verdaderamente son, él ni siquiera lo ve. Las desea exclusivamente como ofrendas con las que sus ídolos medran. Todo lo demás simplemente lo desecha, pues lo que ello podría ofrecerle él no le otorga

ningún valor. Al estar desamparado, el ego trata de acumular tantos cuerpos como pueda para que sirvan de altares para sus ídolos y así

convertirlos en templos consagrados a sí mismo.  
Nuestro único interés es deshacernos de la culpa o el odio a nosotros mismos, haciendo que otros se conviertan en su depositario: el propósito de nuestras vidas de mentalidad-errada y de las relaciones especiales. Estos objetos de nuestras proyecciones son adorados por el ego por lo que le dan, y lo que es irrelevante para este propósito de reclamar nuestra inocencia se descarta como algo sin valor. Esto significa que nunca nos relacionamos con los demás como realmente son – lo mismo que nosotros – sino solo con ese algo especial que idolatramos y codiciamos, lo que podemos extraer de ellos para satisfacer nuestras necesidades.  
(VI.5:1) El templo del Espíritu Santo no es un cuerpo, sino una relación. No existen relaciones entre dos cuerpos separados. Están con el ego o con el Espíritu Santo, la única relación que es santa. Las relaciones están únicamente en la mente, y lo que hacemos real por dentro es lo que creemos que es real por fuera. Nuestro tesoro está donde está nuestro corazón, y es allí donde adoramos en el templo no santo de la separación o en el templo santo del perdón.  
(VI.5:2) El cuerpo es una aislada mota de obscuridad; una alcoba secreta y oculta, una diminuta mancha de misterio que no tiene sentido, un recinto celosamente protegido, pero que aun así no oculta nada. Mientras Jesús habla del cuerpo – un recipiente vacío que contiene la nada del ego – él está nuevamente haciendo referencia al Santísimo Sacramento de la Iglesia Católica, mantenido aparte y encerrado en un tabernáculo.



Mantenido separado por el especialismo, un trozo de pan es venerado y  
adorado como el cuerpo vivo de Jesús.

(VI.5:3) Aquí es donde la relación no santa se escapa de la realidad, y donde va en busca de migajas para sobrevivir.

Migajas es otra referencia velada a la oblea u hostia, transubstanciada por el

sacerdote en la "presencia real" de Jesús. El término se utiliza aquí para

reflejar las miserables migajas de culpa y ataque que nos ofrece el ego en

nuestras relaciones especiales.

(VI.5:4-7) Ahí quiere arrastrar a sus hermanos, a fin de mantenerlos atrapados en la idolatría. Ahí se siente a salvo, pues el amor no puede entrar. El Espíritu Santo no edifica Sus templos allí donde el amor jamás podría estar. ¿Escogería Aquel Que ve la faz de Cristo como Su hogar el único lugar en el universo donde ésta no se puede ver?

Como hemos visto, la faz de Cristo es el símbolo del Curso de la inocencia

del Hijo de Dios. Juega un papel cada vez más importante en el tejido sinfónico del texto. La verdadera percepción literalmente no ve ninguna

cosa, ya que la faz de Cristo es un símbolo que representa la visión de la

mentalidad-correcta de la mente, no teniendo nada que ver con la adoración

idólatra del cuerpo por parte del ego. A través de la relación especial, el ego

se mantiene a sí mismo a salvo, alejando nuestra atención de la mente y de

la Expiación del Espíritu Santo.

(VI.6:1-5) Tú no puedes hacer del cuerpo el templo del Espíritu Santo, y el cuerpo nunca podrá ser la sede del amor. Es la morada del idólatra,

y de lo que condena al amor. Pues ahí el amor se vuelve algo temible y se pierde toda esperanza. Aun los ídolos que ahí son adorados están revestidos de misterio y se les mantiene aparte de aquellos que les rinden culto. Éste es el templo consagrado a la negación de las relaciones y de la reciprocidad.

No hay participación en el templo del cuerpo, porque su amor es solo para unos pocos creyentes y se mantiene aparte de la Filiación como un todo.

Está claro cómo la Iglesia Católica ha reforzado la separación al preservar a

Jesús "encerrado" sólo para los creyentes. Además, el Sacramento refleja

una manera ingeniosa del ego de separarnos de nosotros mismos: enraizando la atención en el cuerpo y ocultando el recuerdo del Ser en la mente detrás de barricadas de especialismo.

(VI.6:6) Ahí se percibe con asombro el "misterio" de la separación y se le contempla con reverencia.

Los Católicos, una vez más, tienen el cuerpo de Jesús en temor y reverencia, por lo que se arrodillan en una iglesia, como se mencionó anteriormente. Ahora entendemos que es realmente al cuerpo mismo lo que

tenemos en reverencia y asombro porque es nuestro templo. Mantiene la

culpa de la mente intacta y en secreto, protegiendo la separación y, sobre

todo, preservando como sacrosantas nuestra experiencia individual y nuestra existencia especial.

(VI.6:7-8) Lo que Dios no dispuso que fuese se mantiene ahí "a salvo" de Él. Pero de lo que no te das cuenta es que de aquello que temes en tu

hermano y te niegas a ver en él, es lo que hace que Dios te parezca temible y que no lo conozcas.

El ego nos dice que tememos a Dios porque Él nos destruirá, pero es Su

Amor lo que tememos: ningún ser individual puede existir en la Unidad que

es nuestro hogar natural. No podemos evitar tener miedo del perdón, porque

la luz del amor en nuestros hermanos, escondida por el especialismo del

cuerpo, despertaría el recuerdo del Amor que es nuestra Fuente y nuestro

Ser.

(VI.7:1-2) Los idólatras siempre tendrán miedo del amor, pues nada los amenaza tanto como su proximidad. Deja que el amor se les acerque y pase por alto el cuerpo, como sin duda hará, y corren despavoridos, sintiendo como empiezan a estremecerse y a tambalearse los cimientos

aparente-mente sólidos de su templo.

El miedo del ego es que, si volvemos a nuestras mentes y elegimos en su

contra y en favor del Amor del Espíritu Santo, seremos atraídos por este

Amor – la “atracción del amor por el amor” (T-12.VIII) – que el mismo fundamento de nuestra existencia individual, como dijo Hamlet, “que esta

carne tan firme, tan sólida, se fundiera y derritiera hecha rocío” (I,ii).

Aquí

es cuando nos asusta la práctica del perdón e incluso vacilamos en dar los

pasos hacia Jesús. Nuestro miedo nos impulsa a replegarnos a los brazos del

especialismo y de la culpa, y entonces atacamos, atacamos, y atacamos de

nuevo, porque en el ataque el yo permanece intacto. Pero cuando perdonamos, la atracción por este yo enojado que tiene la mente tomadora

de decisiones disminuye hasta que se va para siempre.

(VI.7:3-4) Hermano, tú tiemblas con ellos. Sin embargo, de lo que tienes miedo es del heraldo de la libertad.

Hemos visto que nuestro verdadero terror no es a la crucifixión, sino a la

redención (T-13.III). No tenemos miedo al odio, sino al amor; no tenemos

miedo del aprisionamiento, sino de la libertad. ¡Qué loco creer que escapar

del amor es preferible a escapar del miedo, y que voluntariamente elegimos

vivir en las tinieblas en lugar de en la luz!

(VI.7:5-10) Ese lugar de sombras no es tu hogar. Tu templo no está en peligro. Ya no eres un idólatra. El propósito del Espíritu Santo está a salvo en tu relación y no en tu cuerpo. Te has escapado del cuerpo. El cuerpo no puede entrar allí donde tú estás, pues ahí es donde el

Espíritu Santo ha establecido Su templo.

El verdadero templo está en nuestras mentes, el lugar de la relación santa. A

través del perdón proyectado a nuestros compañeros especiales de amor y

odio, somos llevados a la Expiación interior que deshace el ego. Esta curación ocurre cuando cambiamos nuestro propósito para estar aquí y ya

no nos identificamos con el mundo de cuerpos oscurecidos por las proyecciones sombrías de la culpa que nos mantenían prisioneros dentro de

los muros de la separación.

Propósito

Ahora exploramos con más profundidad el tema del propósito.

Recuerda

que fabricamos el mundo, el cuerpo y la relación especial para servir al propósito del ego de preservar nuestro pecado percibido de separación.

Cuando nos damos cuenta de que esto ya no es lo que queremos, que nuestra felicidad no está en atacar a los demás, cambiamos nuestro propósito de la culpa al perdón, de la relación especial a la santa. "La correspondencia entre medios y fin" es nuestro texto para esta sección.

(VII.1:1-3) Hemos hablado mucho acerca de las discrepancias que puede haber entre los medios y el fin, y de la necesidad de que éstos concuerden antes de que tu relación santa pueda brindarte únicamente

dicha. Pero hemos dicho también que los medios para alcanzar el objetivo del Espíritu Santo emanarán de la misma Fuente de donde procede Su propósito. En vista de lo simple y directo que es este curso, no hay nada en él que no sea consistente.

Jesús se dirige a aquellos de nosotros que creemos que su proceder es contradictorio o inconsistente, diciendo que parece de esta manera solo

porque no queremos aprender lo que dice. Si tenemos claro nuestro objetivo

o propósito – aprender el perdón y despertar del sueño – veremos Un Curso

de Milagros y, por lo tanto, a nuestras relaciones especiales, como un medio

para alcanzar ese fin. Sin embargo, si estamos en conflicto acerca del fin,  
los medios servirán para mantener el conflicto y fortalecer nuestro control  
sobre el sueño corporal. Inevitablemente malinterpretaremos el Curso,  
o lo  
haremos responsable de nuestra angustia, aunque siempre es el  
propósito  
que la mente le atribuye al cuerpo, lo que es la causa de todo lo que  
pensamos, sentimos, decimos y hacemos.

(VII.1:4-6) Las aparentes inconsistencias, o las partes que te resultan  
más difíciles de entender, apuntan meramente a aquellas áreas donde  
todavía hay discrepancias entre los medios y el fin. Y esto produce un  
gran desasosiego. Mas esto no tiene por qué ser así.

Parece así porque todavía nos aferramos al cuerpo y sus necesidades  
especiales. Sobre todo, el ego quiere que su culpa no recaiga en  
nosotros

misimos sino en otros, incluido Jesús. No hace falta decir, de nuevo,  
que

esta tentación de encontrar fallas en Un Curso de Milagros genera  
conflictos en nuestro estudio y práctica. Esto no tiene por qué ser así  
(ten en

cuenta el regreso repentino de este motivo de T-4.IV).

(VII.1:7-8) Este curso apenas requiere nada de ti. Es imposible  
imaginarse algo que pida tan poco o que pueda ofrecer más.

Como egos no podríamos estar más en desacuerdo, ya que su  
especialismo

es el mundo para nosotros. En nuestras mentes correctas, sin  
embargo,

reconocemos la nada inherente del ego y ya no estamos dispuestos a  
sacrificar la totalidad del Amor de Dios, que Jesús y su curso nos  
ayudan a

recordar. Es útil darse cuenta de que cada dificultad que tenemos con  
Jesús

y sus enseñanzas proviene de nuestra creencia oculta de que  
tendremos que

sacrificar algo, no el amor del Cielo sino nuestro especialismo.

Entonces

debemos creer que el Curso nos pide renunciar a todo, dejándonos sin  
nada

a cambio.

(VII.2) El período de desasosiego que sigue al cambio súbito que se produce en una relación cuando su propósito pasa a ser la santidad en lugar del pecado, tal vez esté llegando a su fin. En la medida en que todavía experimentes desasosiego, en esa misma medida estarás negándote a poner los medios en manos de Aquel que cambió el propósito de la relación. Reconoces que deseas alcanzar el objetivo. ¿Cómo no ibas a estar entonces igualmente dispuesto a aceptar los medios? Si no lo estás, admitamos que eres tú el que no es consistente.

Todo objetivo se logra a través de ciertos medios, y si deseas lograr un objetivo tienes que estar igualmente dispuesto a desear los medios. ¿Cómo podría uno ser sincero y decir: “Deseo esto por encima de todo lo demás, pero no quiero aprender cuáles son los medios necesarios para lograrlo”?

Si somos sinceros acerca de nuestro deseo de volver a casa (el fin), también

debemos ser sinceros acerca de tomar la mano de nuestro maestro y aprender las lecciones del perdón (los medios) que nos llevarán allí.

Debemos estar dispuestos a ver cada evento en nuestras vidas como una

oportunidad de aprender que el problema no está en el mundo sino en la

mente. En la medida en que nos olvidemos y nos encontremos enojados,

deprimidos y temerosos, reflejamos el propósito del ego de no querer el fin

porque deseamos retener nuestro yo especial y nuestra identidad individual.

El propósito lo es todo y lo determina todo, razón por la cual el término se

repite como un leitmotiv a lo largo del Curso.

(VII.3:1-4) Para alcanzar el objetivo, el Espíritu Santo pide en verdad muy poco. Y pide igualmente poco para proporcionar los medios. Los medios son secundarios con respecto al objetivo. Cuando dudas, es porque el propósito te atemoriza no los medios.

Nuestro miedo no es lo que sucede a nuestro alrededor, sino adónde nos

llevarán las lecciones del perdón. Cuando encontramos un resentimiento

difícil de liberar, o las ilusiones de un amor especial profundamente atractivas, es porque tenemos miedo de dejar el mundo del ego.

Deseamos

mantener intacto su sistema de pensamiento alejando la culpa por la decisión que ocasiona la culpabilidad de nuestra mente, razón por la cual

Jesús nos pide que seamos honestos. Estamos aprendiendo de nuestro maestro que la razón por la que una circunstancia o relación específica nos

causa problemas no es la situación en sí, sino el propósito que le hemos

dado. Simplemente nos asustamos del perdón y necesitamos la defensa de

nuestras proyecciones.

(VII.3:5-9) Recuerda esto, pues de lo contrario, cometerás el error de creer que los medios son difíciles. Sin embargo, ¿cómo van a ser difíciles cuando son algo que simplemente se te proporciona? Los medios garantizan el objetivo y concuerdan perfectamente con él.

Antes de que los examinemos más detenidamente, recuerda que, si piensas que son imposibles, tu deseo de lograr el objetivo se ve menoscabado. Pues si es posible alcanzar un objetivo, los medios para lograrlo tienen que ser posibles también.

Las palabras de Jesús reflejan que es nuestra resistencia a la meta del Cielo

lo que hace que el viaje del perdón parezca largo y arduo. ¿Qué podría ser

más fácil que aceptar lo que es, junto con los simples medios para recordarlo? Luchar contra los medios y el fin exige esfuerzo; la realidad requiere solo nuestra aceptación y ningún esfuerzo.

(VII.4:1) Es imposible ver a tu hermano libre de pecado y al mismo tiempo verlo como si fuese un cuerpo.

El propósito de nuestro trabajo con Un Curso de Milagros se expresa en esta única declaración: ver el pecado que hemos proyectado sobre alguien

como que no está allí, porque ya no deseamos que el pecado esté en alguien, incluidos nosotros mismos. Pero si seguimos el propósito del ego,

hacemos que el cuerpo sea real en lugar de verlo como una mera proyección, y así debemos ver el pecado también como real. Jesús no nos

está diciendo que neguemos lo que nuestros ojos del cuerpo ven, sino que

cambiamos el cómo y por qué vemos lo que vemos. Recuerda que la percepción es interpretación, no un hecho, y Jesús se refiere a nuestra necesidad de ver el cuerpo de otra persona como pecaminoso, no como el

“hecho” específico sobre el que nuestros ojos pueden ver la luz.

(VII.4:2-8) ¿No es esto perfectamente consistente con el objetivo de la santidad? Pues la santidad es simplemente el resultado de dejar que se nos libere de todos los efectos del pecado, de modo que podamos reconocer lo que siempre ha sido verdad. Es imposible ver un cuerpo libre de pecado, pues la santidad es algo positivo y el cuerpo es simplemente neutral. No es pecaminoso, pero tampoco es impecable.

Y

como realmente no es nada, no se le puede revestir significativamente con los atributos de Cristo o del ego. Tanto una cosa como la otra sería un error, pues en ambos casos se le estarían adjudicando atributos a algo que no los puede poseer. Y ambos errores tendrían que ser corregidos en aras de la verdad.

Jesús nos pide que no hagamos del cuerpo un objeto de amor u odio, es

decir, que con su ayuda podamos reconocer el objetivo del pecado que la

mente le atribuye, y luego cambiar nuestro propósito. Solo necesitamos

mirar la pura locura de haber hecho realidad el loco pensamiento de separación, y luego luchar contra él buscando cambiar lo que es inherentemente nada. Piensa en esta definición central del perdón: "es tranquilo y sosegado, y no hace nada. ... Simplemente observa, espera, y no

juzga" (L-pll.1.4:1,3).

A pesar de su nada, el cuerpo puede ser útil para reflejarnos la decisión de

la mente por el pecado o por la santidad. Ambos existen en la mente, no en

el cuerpo proyectado, lo que explica esta sutil corrección para el culto de la

Iglesia del Santísimo Sacramento hacia el cuerpo de Jesús. ¿Cómo puede



tener algo que ver un cuerpo inexistente con el Hijo de Dios, la Mente que

Dios creó como Él Mismo – espíritu eterno y perfecta-mente unificado?

La relación santa – El perdón – La visión.

Ahora miramos más de cerca la relación santa, el perdón y la visión, volviendo al principio de este capítulo que fue escrito durante la temporada

de Pascua; de hecho, la sección de apertura, "La Semana Santa", en realidad

fue escrito el Domingo de Ramos ("Hoy es Domingo de Ramos..."

[T20.I.1:1]). Jesús usa las imágenes de la Pascua para enseñar la diferencia

entre ataque y perdón: nuestra decisión de ofrecer a otro una "corona de

espinas" (símbolo de la crucifixión) o "azucenas" (símbolo de la resurrección):

(I.2) Esta semana empieza con ramos y termina con azucenas, el signo puro y santo de que el Hijo de Dios es inocente. No permitas que ningún signo lúgubre de crucifixión se interponga entre la jornada y su propósito, entre la aceptación de la verdad y su expresión. Esta semana

celebramos la vida, no la muerte. Y honramos la perfecta pureza del Hijo de Dios, no sus pecados. Hazle a tu hermano la ofenda de las azucenas, no la de una corona de espinas; el regalo del amor, no el "regalo" del miedo. Te encuentras a su lado, con espinas en una mano y

azucenas en la otra, indeciso con respecto a cuál le vas a dar. Únete a mí

ahora, deshazte de las espinas y, en su lugar, ofrécele las azucenas. Lo que quiero esta Pascua es el regalo de tu perdón, que tú me concedes y

yo te devuelvo. No podemos unirnos en la crucifixión ni en la muerte. Ni tampoco puede consumarse la resurrección hasta que tu perdón descansa sobre Cristo, junto con el mío.

Recuerda el tema del Capítulo 19 de Jesús necesitando que lo perdonemos.

Si lo hacemos diferente de nosotros, como las Iglesias lo han hecho, decimos no sólo que la fragmentación de la Filiación es un hecho, sino que

Jesús tiene la inocencia que nos falta. Entonces no podemos evitar odiarlo.

Jesús necesita nuestro perdón porque él no puede ayudarnos mientras lo excluimos de la igualdad universal del Hijo de Dios. Sin embargo, como la Filiación es una, al perdonar a nuestros socios especiales también perdonamos a nuestro hermano mayor. Agarrándonos resentimientos, sin embargo, clavamos otro clavo en la cruz en la que cuelga el inocente Hijo de Dios, incluido Jesús. Cuando retiramos la corona de espinas proyectada, y colocamos alrededor de la cabeza de nuestros hermanos las azucenas del perdón en su lugar, anunciamos nuestra resurrección compartida que nos da la bienvenida de nuevo a la vida eterna, nuestro despertar juntos de la pesadilla del ego de crucifixión, castigo y muerte.

(I.3) Una semana es poco tiempo, sin embargo, la Semana Santa simboliza la jornada que el Hijo de Dios emprendió. Él comenzó con el signo de la victoria, la promesa de la resurrección, la cual ya se le había concedido. No dejes que caiga en la tentación de la crucifixión ni que se demore allí. Ayúdale a seguir adelante en paz más allá de ella, con la luz de su propia inocencia alumbrado el camino hacia su redención y liberación. No le obstruyas el paso con clavos y espinas cuando su redención está tan cerca. Deja, en cambio, que la blancura de tu radiante ofrenda de azucenas lo acelere en su camino hacia la resurrección.

Jesús nos ruega que no demoremos nuestro camino hacia la salvación, el cual es paralelo a los siete días de la Semana Santa (Domingo de Ramos a Pascua). La Expiación en nuestras mentes, presente pero escondida al principio del camino, tiene la promesa de salvación para que nosotros renunciemos a nuestro descenso a través del juicio al infierno. Pero estamos aprendiendo que, al negar el perdón a otro, nos lo negamos a nosotros

mismos, un costo demasiado alto para pagar. Esto nos libera del pecado percibido que merece castigo a través de la crucifixión (Viernes Santo) mientras celebramos, con toda la Filiación, la gloriosa redención de nuestra Pascua de resurrección.

(I.4:1) La Pascua no es la celebración del costo del pecado, sino la celebración de su final.

Dado que para el ego el costo del pecado es la muerte, el castigo máximo e ineludible, su visión de la Pascua es que Jesús tuvo que ser sacrificado en la

cruz para expiar nuestro pecado. Sin embargo, la crucifixión es solo un sueño de pecado y muerte, y nuestro despertar a la resurrección a través del

perdón significa felizmente el fin de la pesadilla del ego.

(I.4:2-3) Si al mirar entre los niveles pétalos de las azucenas que has recibido y ofrecido como tu regalo vislumbra tras el velo la faz de Cristo, estarás contemplando la faz de tu hermano y reconociéndola. Yo

era un extraño y tú me acogiste, a pesar de que no sabías quien era. Este pasaje fue una de las pocas veces durante la redacción de Un Curso de

Milagros que Helen se describió a sí misma ante mí como realmente conmovida. La referencia es a la famosa parábola del Juicio Final (Mateo

25:31-46), donde Jesús dice: "Tenía hambre y me diste de comer; estaba

sediento y me diste de beber; era un extraño y me disteis la bienvenida;

estaba desnudo y me vestiste; estaba enfermo y me visitaste, estaba en la

cárcel y viniste a verme". En su curso, Jesús nos está diciendo, en efecto:

"Yo era un extraño y tú me acogiste, a pesar de que no sabías quién era, por

tu falta de perdón. Cuando perdones a tu hermano me reconocerás, porque

en tu relación no santa yo no estoy presente. Por eso sirve como defensa

contra mí y mi amor. ¿Es realmente este el regalo de Pascua que quieres dar y recibir?"

El hecho es que no podemos aceptar el amor de Jesús cuando estamos enojados, lo que significa que somos culpables de pecado. Cuando liberamos las barreras del amor liberando la culpa en nosotros mismos, hasta ahora proyectada en otro, pasamos de la relación no santa a la santa,

en la que Jesús se manifiesta. Él representa nuestro estado sin ego, y tomar

su mano es caminar por el camino del perdón hacia el amor que está más

allá del ego. Dada la certeza de este viaje, el ego quiere que retengamos

nuestros resentimientos, ya que Jesús y el mensaje de su curso son enemigo mortal.

(I.4:5-8) En el perdón que le concedes a ese forastero, que, aunque es un extraño para ti, es tu Amigo ancestral, reside su liberación y tu redención junto con él. Contempla a tu Amigo resucitado y celebra su santidad junto conmigo. Pues la Pascua es la temporada de tu salvación, junto con la mía.

Como Jesús ha dicho antes, no somos diferentes de él excepto en ilusiones

(T-1.II.3-4). Cuando el despertó del sueño ilusorio de muerte del ego – de

nuevo, el significado de la resurrección – todos estábamos con él

(M23.6:9-10; C-6.5:5) porque la mente del Hijo de Dios es una. Sin embargo,

el miedo al amor nos hace defender obstinadamente nuestro estado separado, persistiendo en hacer a Jesús diferente de nosotros, como lo hacemos con todos a través de nuestras necesidades y demandas especiales.

Sin embargo, con paciencia, la tranquila dicha del Cielo se mantiene aparte

y espera nuestro regalo de azucenas.

Este tema de la unidad de la Filiación, incluido Jesús, continúa en la siguiente sección:

(II.4:1-2) Tengo gran necesidad de azucenas, pues el Hijo de Dios no me

ha perdonado. ¿Y puedo ofrecerle perdón cuando él me ofrece espinas?

Le ofrecemos espinas a Jesús cuando nos ofrecemos espinas unos a otros, lo que hace impotente cualquier ayuda que podamos recibir de él. La parábola del Juicio Final también tiene a Jesús diciendo: "... que en cuanto le hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mateo 25:40). Esta idea es aplicada aquí, donde se refleja la universalidad de la inocencia del Hijo. La parábola, lamentable-mente, refuerza la idea central del ego de que solo algunos miembros de la Filiación se salvan, ya que se nos divide en dos campos: las ovejas salvadas y las cabras condenadas. (II.4:3-4) Pues aquel que le ofrece espinas a alguien está todavía contra mí, mas ¿quién podría ser íntegro sin él? Sé su amigo en mi nombre, para que yo pueda ser perdonado y tú puedas ver que el Hijo de Dios goza de plenitud. Este tema tan importante corrige la versión del perdón expresada en la mencionada parábola. En Un Curso de Milagros, el Juicio Final no es un castigo, sino la aceptación final de la naturaleza ilusoria del sistema de pensamiento de separación del ego. Todos se salvan porque nuestra eterna impecabilidad nunca ha cambiado. Sin embargo, si excluimos incluso a una persona de la salvación, la Filiación en su conjunto es condenada. El perdón, por tanto, si bien se expresa en el contexto de una relación, debe incluir todas las relaciones en el sentido de que no tengamos resentimientos contra nadie. Necesitamos aprender las lecciones en esos momentos en que estamos en paz al haber liberado los resentimientos contra otro, y así al generalizarlas, sentiremos una paz aún más profunda cuando liberemos todos los resentimientos contra todos. Solo entonces nuestro perdón habrá

llegado a través de Jesús, incluyéndolo a él.

(II.4:5-8) Pero examina primero el altar del hogar que has elegido, y observa lo que allí has depositado para ofrecérmelo a mí. Si son espinas

cuyas puntas refulgen en una luz de color sangre, has elegido al cuerpo

como hogar y lo que me ofreces es separación. Las espinas, no obstante,

han desaparecido. Examínalas más de cerca ahora y podrás ver que tu altar ya no es lo que era antes.

Aunque el perdón ocurre en la mente donde nuestros altares se han salpicado con la sangre del pecado, el ego nos hace expresar "perdón" en

los cuerpos, que siguen siendo proyecciones de las ilusiones de separación

de la mente que buscaba ocultar la verdad de la Expiación. Sin embargo, las

espinas han desaparecido porque la ilusión no tiene poder sobre la verdad -

lo imposible nunca ocurrió - incluso si buscamos locamente mantener que

las ilusiones de ataque son reales, y que las espinas del juicio y el odio han

tenido éxito, estableciendo la existencia del sistema de pensamiento del ego

y su menospreciado cuerpo.

(II.5) Todavía miras con los ojos del cuerpo, y éstos sólo pueden ver espinas. Sin embargo, has pedido ver otra cosa y se te ha concedido.

Aquellos que aceptan el propósito del Espíritu Santo como su propósito comparten asimismo Su visión. Y lo que le permite a Él irradiar Su

propósito desde cada altar es algo tan tuyo como Suyo. Él no ve extraños, sino tan sólo amigos entrañables y amorosos. Él no ve

espinas, sino únicamente azucenas que refulgen en el dulce resplandor de la paz, la cual irradia su luz sobre todo lo que Él contempla y ama.

Jesús no se refiere a un cambio en la forma sino en la mente; lo externo es

irrelevante para la visión. El Espíritu Santo ve a todas las personas como

una sola porque la separación nunca ocurrió: permanecemos tal como Dios

nos creó – un Hijo, perfectamente unido dentro de la Unidad de Cristo, perfectamente unido dentro de la Unidad de Dios. Esta unidad se refleja aquí al no ver los intereses de nuestro hermano como separados de los nuestros, deshaciendo el efecto de los resentimientos que proclaman que nuestro propósito y meta son diferentes a los de él. A través de la visión de Cristo vemos "sólo amigos entrañables y amorosos", las espinas ensangrentadas del ataque han sido reemplazadas por el "dulce resplandor de la paz" de las azucenas que siempre estuvieron presentes. Mientras el cuerpo no puede ver esto, habiendo sido fabricado para ver solo el pecado, la mente sanada reconoce la igualdad del Hijo de Dios que es el regalo de la visión para los ojos cansados y los corazones que anhelan la gentileza del milagro.

(II.6:1-3) Durante estas Pascuas contempla a tu hermano con otros ojos. Tú me has perdonado ya. Sin embargo, no puedo hacer uso de tu regalo de azucenas mientras tú no las veas.

Nuestras mentes correctas ya han aceptado la Expiación porque todo ya ha sucedido. Sin embargo, con nuestra obstinada locura, seguimos insistiendo en que el perdón aún no ha ocurrido, lo que intentamos probar con nuestras justificaciones de juicio y odio. Aun así, Jesús permanece dentro, hasta que nuestro regalo de azucenas permita que su amor se extienda a través de nosotros para abrazar a todos aquellos que no saben que están perdonados.

(II.6:4-7) Ni tú puedes hacer uso de lo que yo te he dado mientras no lo compartas. La visión del Espíritu Santo no es un regalo nimio ni algo con lo que se juega un rato para luego dejarse de lado. Presta atención a esto, y no creas que es sólo un sueño, una idea pueril con la que entretenerte por un rato, o un juguete con el que juegas de vez en

cuando y del que luego te olvidas. Pues si eso es lo que crees, eso es lo que será para ti.

Este es un uso interesante de "algo con lo que se juega" y "juguete".

Por lo

general, Jesús usa el término juguete como una forma de decir que no nos

tomemos en serio el sistema de pensamiento del ego, que lo veamos como

un juego de niños, como veremos al final del capítulo. Aquí, en cambio, es

su forma de decirnos que no lo descartemos como si fuera un juguete para

niños o una fantasía, sino más bien que tomemos sus palabras en serio como la verdad. Son nada menos que nuestra llave para abrir la puerta del

Cielo; los medios para elegir el Cielo en lugar del infierno al no retener el

amor de Jesús, sino dejar que se extienda a través de nosotros hacia otros.

Hablando de la visión que el mundo perdonado nos ofrece, nos dice nuestro

hermano al final de su sinfonía:

Mas tenéis que compartir esta visión con todo aquel que veáis, pues, de lo contrario, no la contemplaréis. Dar este regalo es la manera de hacerlo vuestro. (T-31.VIII.8:5-6)

(II.7:1-6) Gozas ya de la visión que te permite ver más allá de las ilusiones. Se te ha concedido para que no veas espinas, ni extraños, ni ningún obstáculo a la paz. El temor a Dios ya no significa nada para ti.

¿Quién temería enfrentarse a las ilusiones, sabiendo que su salvador está a su lado? Con él a tu lado tu visión se ha convertido en el poder más grande que Dios Mismo puede conceder para desvanecer las ilusiones, pues lo que Dios le dio al Espíritu Santo, tú lo has recibido.

Jesús se refiere al último obstáculo a la paz, "El temor a Dios" (T-19.IV-D),

más allá del cual solo existe el amor. La práctica exitosa de nuestras lecciones de perdón – haber aprendido a ver a todas las personas como

amigos y salvadores, no como extraños y enemigos – deshace la culpa y el



miedo que la culpa engendraba. De esta manera hemos recordado la visión

que Jesús nos ofreció como camino para volver a casa con él y con todos

nuestros hermanos.

(II.7:7-8) El Hijo de Dios cuenta contigo para su liberación. Pues has pedido - y se te ha concedido - la fortaleza para poder enfrentarte a este último obstáculo, y no ver clavos ni espinas que crucifiquen al Hijo de Dios y lo coronen como rey de la muerte.

Necesitamos perdonarnos unos a otros, porque no hay otra forma de ponernos en contacto con nuestra culpa inconsciente. Proyectarla fuera de

nosotros nos permite la oportunidad de verla con la mentalidad correcta, y

luego, después de devolverla a su fuente en la mente, dejarla ir - usando los

tres pasos del perdón (L-pl.23.5). Y con ella se van las defensas del ego diseñadas para protegerla: las espinas y los clavos utilizados para atacar al

Hijo de Dios, hasta la muerte. Por así decirlo, el ego parece tener éxito en

aislar el Amor de Dios detrás de sus barricadas de culpa, ataque y temor.

(II.8:1-7) El hogar que has elegido está al otro lado, más allá del velo.

Ha sido cuidadosamente preparado para ti y ahora está listo para recibirte. No lo verás con los ojos del cuerpo. Sin embargo, ya dispones de todo cuanto puedas necesitar. Tu hogar te ha estado llamando desde

los orígenes del tiempo y nunca has sido completamente sordo a su llamada. Oías, pero no sabías como mirar, ni hacia dónde.

Buscamos el reflejo de nuestro hogar como espíritu en la relación santa,

habiendo aceptado el perdón como el medio para alcanzar el objetivo de ir

más allá de los velos del odio y el miedo hacia el amor que siempre está

allí. Fortalecidos con la visión de Cristo, avanzamos hacia el hogar que abandonamos solo en sueños, y donde todavía brilla su amor a través de la

oscuridad de la culpa de la mente y el especialismo del cuerpo,  
llamándonos

a ver, oír y volver.

(II.8:8-12) El conocimiento se encuentra en ti, presto a ser revelado y liberado de todo el terror que lo mantenía oculto. En el amor no hay cabida para el miedo. El himno de la Pascua es el grato estribillo que dice que al Hijo de Dios nunca se le crucificó. Alcemos juntos la mirada, no con miedo, sino con fe. Y no tendremos miedo, pues no veremos ninguna ilusión, sino una senda que conduce a las puertas del Cielo, el hogar que compartimos en un estado de quietud y donde moramos dulcemente y en paz como uno solo.

Este es un regreso a la imagen de levantar el velo, desde el obstáculo final

(T-19.IV-D) - mirando con los ojos abiertos a nuestro miedo y luego yendo

más allá de él. Habiendo aceptado la Expiación para nosotros mismos, nos

unimos a Jesús y a todos nuestros hermanos mientras cantamos el himno de

redención del Cielo con una sola voz que disuelve la ilusión del pecado, la

crucifixión y la muerte. La clave del mensaje de la Pascua de resurrección

de Jesús radica en su repetición de la palabra juntos. La salvación se vicia

cuando se guarda para uno mismo, pero se asoma a la vida cuando se comparte. Recuerda:

Hermano, necesitas perdonar a tu hermano, pues juntos compartiréis la locura o el Cielo. Y juntos alzaréis la mirada con fe o no la alzaréis en absoluto. (T-19-D.IV.12:7-8; cursiva añadida)

Por cierto, la afirmación de que "En el amor no hay cabida para el miedo"

es otra referencia a la maravillosa línea de la primera epístola de Juan: "El

perfecto amor echa fuera el temor" (1 Juan 4:18).

(II.9) ¿No te gustaría que tu santo hermano te condujese hasta allí? Su inocencia alumbrará tu camino, ofreciéndote su guiadora y absoluta protección, y refulgiendo desde el santo altar en su interior donde tú depositaste las azucenas del perdón. Permite que sea él quien te salve

de las ilusiones, y contéplalo con la nueva visión que ve las azucenas  
y

te brinda felicidad. Iremos más allá del velo del temor, alumbrándonos mutuamente el camino. La santidad que nos guía se encuentra dentro de nosotros, al igual que nuestro hogar. De este modo hallaremos lo que

Aquel que nos guía dispuso que hallásemos.

No se puede afirmar con demasiada frecuencia que no podemos hacer esto

solos. Regresar a la Unidad de Cristo es imposible si excluimos a alguien,

porque todos deben estar incluidos en el círculo de la Expiación. El propósito de tal exclusión es retener puntos de culpa en la mente que esconden la luz detrás de la oscuridad, la cual luego debe proyectarse. Necesitamos seguir a Aquel Cuyo Amor brilla intensamente dentro de cada

Hijo, iluminando la inocencia que nos revela el perdón. De hecho, este Amor compartido es la forma en que volvemos a casa, tal como nos fuimos

– juntos.

(II.10) Éste es el camino que conduce al Cielo y a la paz de la Pascua, donde nos unimos en gozosa conciencia de que el Hijo de Dios se ha liberado del pasado y ha despertado al presente. Ahora es libre, y su comunión con todo lo que se encuentra dentro de él es ilimitada. Ahora las azucenas de su inocencia no se ven mancilladas por la culpabilidad, pues están perfectamente resguardadas del frío estremecimiento del miedo, así como de la perniciosa influencia del pecado. Tu regalo lo ha salvado de las espinas y de los clavos, y su vigoroso brazo está ahora libre para conducirte a salvo a través de ellos hasta el otro lado.

Camina con él ahora lleno de regocijo, pues el que te salva de las ilusiones ha venido a tu encuentro para llevarte consigo a casa.

El salvador es nuestro hermano en el especialismo, pero no es que él, como

cuerpo, haga algo para salvarnos. Él es nuestro salvador porque, aunque

proyectamos nuestra culpa sobre él, manteniéndola enterrada en nuestras

mentes, hemos dejado a Jesús reinterpretar la relación para ayudarnos a

tomar conciencia de que lo que atacamos en otro es una proyección de lo  
que atacamos primero en nosotros mismos. Esto nos permite dar un paso  
más en el aprendizaje de que al poner fe en el ego en lugar del Espíritu Santo, atacamos el poder de nuestra mente para elegir de nuevo (crucifixión). Ahora podemos corregir ese error, que es la elección de despertar del sueño (resurrección). No estaremos motivados para hacer esto  
hasta que entendamos que este es un sueño de dolor, soledad y muerte, sin  
esperanza de redención. De hecho, no hay esperanza en ningún lugar del  
mundo de los cuerpos y necesitamos estar convencidos de esto, de lo contrario no desearemos continuar en el viaje a través del mundo del ego  
marchito y sin vida a la paz de la Pascua y la libertad de los inocentes Hijos  
de Dios.

(II.11) He aquí tu salvador y amigo, a quien tu visión ha liberado de la crucifixión, libre ahora para conducirte allí donde él anhela estar. Él no te abandonará, ni dejará a su salvador a merced del dolor. Y gustosamente caminaréis juntos por la senda de la inocencia, cantando  
según contempláis las puertas del Cielo abiertas de par en par y reconoceréis el lugar que os llamó. Concédete a tu hermano libertad y fortaleza para que pueda llegar hasta allí. Y ven ante su santo altar, donde la fortaleza y la libertad te aguardan para que ofrezcas y recibas la radiante conciencia que te conduce a tu hogar. La lámpara está encendida en ti para que le des luz a tu hermano. Y las mismas manos que se la dieron a tu hermano, te conducirán más allá del miedo al amor.

Esta es otra declaración, y hermosa, del tema central de nuestra sinfonía: el  
camino a nuestro hogar, desde el miedo al amor, es el perdón. La lámpara  
que sostenemos junto con Jesús (T-11.V.1) está encendida por la visión que  
mira más allá del pecado hacia la inocencia, compartida con todos los Hijos

de Dios. Esta inocencia no puede ser recordada solo, y al aprender a ver su fortaleza en nuestros socios especiales, aprendemos que es la nuestra propia. El santo altar (la mentalidad-correcta del tomador de decisiones) se limpia por fin de la sangre del ego y es liberado para la alegría de nuestro regreso al Cielo.

La siguiente sección que consideramos, "El pecado como ajuste", contiene una referencia a la famosa Alegoría de la Caverna de La República. En otra parte he mencionado que este curso se enmarca dentro de la tradición neoPlatónica, y aquí vemos una referencia directa a este filósofo de los filósofos, al que Freud llamó "el divino Platón".

(III.9:1) Los que llevan años aprisionados con pesadas cadenas, hambrientos y demacrados, débiles y exhaustos, con los ojos aclimatados a la obscuridad desde hace tanto tiempo que ni siquiera recuerdan la luz, no se ponen a saltar de alegría en el instante en que se les pone en libertad.

Jesús no está hablando de prisiones externas; ni tampoco Platón. Esta es la prisión de la decisión equivocada de la mente de vivir en el mundo de la ilusión y las sombras.

Extrañamente, una vez liberados por el Espíritu Santo, no saltamos de alegría porque todavía apreciamos la oscuridad de

nuestra identidad especial. Elegimos, aunque locamente, permanecer en el

mundo de las sombras del odio y la muerte que conserva este especialismo,

porque no estamos seguros de la libertad que se nos ofrece. De hecho, nuestro miedo es tan grande que, como los prisioneros de Platón, mataríamos – al mensajero y/o al mensaje – para preservarnos a nosotros mismos.

(III.9:2-3) Tardan algún tiempo en comprender lo que es la libertad. Andabas a tientas en el polvo y encontraste la mano de tu hermano, indeciso de si soltarla o bien asirte a la vida por tanto tiempo olvidada.

Jesús describe nuevamente nuestra ambivalencia en la jornada. Estos pasajes son importantes porque Jesús nos dice a nosotros, sus alumnos: "No te sientas culpable cuando fallas en hacer esto perfectamente, o permanezcas enojado y crítico. No te sientas culpable cuando te aferras a tu especialismo y a la loca idea de que siempre tienes la razón, haciendo que todos los demás estén equivocados. Estos no son pecados, sino simplemente el miedo a despertar". Nuestro hermano nos está ayudando a ver que nuestro miedo es simplemente la resistencia del ego a la verdad, y su gentil bondad nos consuela mientras caminamos con él por el camino hacia la vida eterna.

(III.9:4-6) Agárrate aún con más fuerza y levanta la vista para que puedas contemplar a tu fuerte compañero, en quien reside el significado de tu libertad. Él parecía estar crucificado a tu lado. Sin embargo, su santidad ha permanecido intacta y perfecta, y, con él a tu lado, este día entrarás en el Paraíso y conocerás la paz de Dios. Esta es otra referencia a la escena de la crucifixión del evangelio.

Lucas

describe a Jesús colgado en la cruz entre dos ladrones; a uno lo condena, y al otro le dice: "Hoy estarás conmigo en paraíso" (Lucas 23:43). Sin embargo, Jesús en Un Curso de Milagros abarca a todos los "ladrones", no solo al llamado bueno. La santidad del Hijo de Dios radica en su integridad, lo que significa que no puede haber nadie excluido del Reino. Para enunciar este tema una vez más, entramos al Cielo juntos, o no en absoluto. Ver nuestros intereses como compartidos contradice las afirmaciones del ego de que, debido a nuestro pecado, el Hijo ha sido fragmentado y su inocencia mancillada para siempre, y así nunca más brillará a través de la visión de Cristo.

(III.10) Eso es lo que mi voluntad dispone para ti y para tu hermano, y para cada uno de vosotros con respecto al otro y con respecto a sí mismo. Ahí sólo se puede encontrar santidad y unión sin límites. Pues, ¿qué es el Cielo sino unión, directa y perfecta, y sin el velo del temor sobre ella? Ahí somos uno, y ahí nos contemplamos a nosotros mismos, y el uno al otro, con perfecta dulzura. Ahí no es posible ningún pensamiento de separación entre nosotros. Tú que eras un prisionero en la separación eres ahora libre en el Paraíso. Y allí me uniré a ti, que eres mi amigo, mi hermano y mi propio ser.

En este maravilloso capítulo, vemos pasajes que caen en cascada unos sobre otros en un himno continuo a la relación santa, en la que la separación es sanada y el Hijo de Dios es restaurado a su integridad. Con qué frecuencia decimos que la unión del Cielo abraza a todos en su amor: ¡Jesús, nuestros hermanos, nosotros mismos! ¡Y cuántas veces durante nuestros días de especialismo, juicio y ataque nos hemos olvidado de esto, negando nuestra libertad y expresando el miedo oculto de volver a casa!

(III.11:7-9) Tú y tu hermano os conduciréis el uno al otro hasta el Padre tan irremediabilmente como que Dios creó santo a Su Hijo y así lo conservó. En tu hermano se encuentra la luz de la eterna promesa de inmortalidad que Dios te hizo. No veas pecado en él, y el miedo no podrá apoderarse de ti.

La experiencia del miedo proviene de haber proyectado nuestro pecado sobre otro, y dado que el pecado ataca, tenemos miedo al contraataque.

Creemos que el ataque está cerca porque le dimos a esa persona especial el yo asesino que creemos que somos. A la luz de esto, caminamos por el mundo con miedo, pensando que tenemos miedo de la enfermedad, de la guerra y o de algún desastre personal. Sin embargo, lo único que realmente

tememos es que la proyección de nuestra propia imagen de nosotros mismos regrese para hacernos daño – el asesino no somos nosotros, sino

ellos. Para reafirmar, no es la forma del ataque lo que tememos, sino el contenido de nuestro pecado. Pero cuando perdonamos, el pecado y el miedo desaparecen, dejando la luz del amor del Cielo para guiarnos suavemente a nuestro hogar inmortal.

En el siguiente conjunto de pasajes, vemos nuevamente a Jesús diciéndonos

que él sabe lo temerosos que somos:

(VI.12:1-4) Tú que estás aprendiendo esto puede que aún tengas miedo,

pero no estás inmovilizado. El instante santo tiene ahora para ti mucho más valor que su aparente contrapartida, y te has dado cuenta de que realmente sólo deseas uno de ellos. Éste no es un período de tristeza. Tal vez de confusión, pero no de desaliento.

Hemos elegido a Jesús y al instante santo como el medio de regresar a casa,

en lugar del ego y sus relaciones especiales. A pesar de esta decisión, una

parte de nosotros todavía anhela la comodidad de nuestro especialismo,

temiendo el amor que Jesús nos ofrece y lamentando la pérdida del amor

especial que tememos perder. Esto explica por qué Jesús nos anima a no

perder la fe en el camino que emprendemos con él, ya que solo nos traerá la

felicidad que buscamos.

(VI.12:5-6) Tienes una verdadera relación, la cual tiene significado. Es tan similar a tu verdadera relación con Dios, como lo son entre sí todas las cosas que gozan de igualdad.

En efecto, Jesús nos dice: “Tus relaciones no son reales, pero las tuyas conmigo sí lo son. Reflejan tu verdadera relación con Dios y te ayudarán a

descubrir lo que es verdad en todas las relaciones aquí. Ya que tú y tu hermano comparten un objetivo, tú compartes el único propósito que da

sentido a tu relación”. El lector puede reconocer la referencia al famoso



axioma geométrico de Euclides de que las cosas iguales a una misma cosa

son iguales entre sí.

(VI.12:7-8) La idolatría pertenece al pasado y no tiene significado.

Quizá aún le tienes un poco de miedo a tu hermano; quizá te acompaña

todavía una sombra del temor a Dios.

Las palabras un poco y sombra no concuerdan con nuestra experiencia de

terror, que a menudo se siente como un camión Mack golpeándonos.

Debido a que el miedo a perder nuestra individualidad es tan fuerte, Jesús

nos está diciendo que el ego y su miedo son como juguetes de plástico. No

son nada y nada (en ambos sentidos de la palabra) puede hacernos daño. El

miedo contrarresta esto al insistir en que sucederá algo terrible, y esto nos

hace retroceder a los acogedores brazos de la culpa y el especialismo.

(VI.12:9-11) Mas ¿qué importancia tiene eso para aquellos a quienes se les ha concedido tener una verdadera relación que trasciende el cuerpo? ¿Y se les podría privar por mucho más tiempo de contemplar la faz de Cristo? ¿Y podrían ellos seguir privándose a sí mismos por mucho más tiempo del recuerdo de la relación que tienen con su Padre y mantener la memoria de Su Amor fuera de su conciencia?

Esto reafirma la fórmula del Curso para la salvación: vemos la faz de Cristo

en nuestros hermanos y recordamos a Dios. Este tema captura sucintamente

el proceso del perdón. Al retirar la culpa que proyectamos sobre los demás

vemos su inocencia, la cual refleja la nuestra, ya que al mismo tiempo retiramos la culpa de nosotros mismos – no podemos ver la culpa afuera si

no la percibimos primero dentro. Cuando se libera la culpa en otros, se levanta el primer velo; cuando la nuestra se libera, el segundo velo es levantado. Esto deja solo el principio de la Expiación que buscamos enterrar, el cual libera el recuerdo de Dios para que alboree en nuestras

mentes que despiertan. La fórmula se repite una y otra vez en el viaje

sinfónico que hacemos con Jesús, recordándonos que la manera de recordar nuestra Identidad en el Cielo es perdonando a nuestros hermanos aquí. (IV.2) El pecado no tiene cabida en el Cielo, donde sus resultados serían algo ajeno a éste y donde ni ellos ni su fuente podrían tener acceso. Y en esto reside tu necesidad de no ver pecado en tu hermano. El Cielo se encuentra en él. Si ves pecado en él, pierdes de vista el Cielo. Contéplalo tal como es, no obstante, y lo que es tuyo irradiará desde él hasta ti. Tu salvador te ofrece sólo amor, pues lo que recibes de él depende de ti. Él tiene el poder de pasar por alto todos tus errores, y en ello reside su propia salvación. Y lo mismo sucede con la tuya. La salvación es una lección en dar, tal como la interpreta el Espíritu Santo. La salvación es el re-despertar de las leyes de Dios en mentes que han promulgado otras leyes a las que han otorgado el poder de poner en vigor lo que Dios no creó. La elección es nuestra: lo que elegimos ver en nosotros mismos es lo que veremos en otro – la proyección da lugar a la percepción. La clave para comprender las enseñanzas de Jesús es reconocer nuestra incapacidad para conocer las elecciones de la mente hasta que primero veamos sus efectos en nuestras percepciones de los demás: pecado o santidad, condenación o salvación. Necesitamos aprender que nuestras reacciones al mundo que nos rodea provienen de una sola causa: la mente tomadora de decisiones que se coloca bajo las odiosas leyes del ego o de las amorosas leyes de Dios. Ese es el simple mensaje de la salvación, el cual nos permite elegir de nuevo. Nuestro miedo a esta sencillez nos lleva a estar constantemente juzgando, cometiendo pecado, proyectando y atacando la realidad, en lugar de la impecabilidad que fue establecida por Dios en nuestra creación.

(IV.3:1-2) Tus desquiciadas leyes fueron promulgadas para garantizar que cometieses errores y que éstos tuviesen poder sobre ti al aceptar sus

consecuencias como tu justo merecido. ¿Qué puede ser esto sino una locura?

Nuestras desquiciadas leyes son las de la culpa, que fabricaron el mundo:

separación que fabrica separación. Ellas nos guían a dar poder al pecado,

demostrado por sus efectos de sufrimiento y muerte que creemos que es

nuestro justo merecido. Esta es la ley de la proyección, que desplaza la culpa de la mente al cuerpo que sufre y muere como castigo por el pecado.

También la proyectamos sobre los cuerpos de los demás, viéndolos como

pecadores que merecen sufrir y morir como castigo por su pecado.

(IV.3:3-7) ¿Y es esto acaso lo que quieres ver en aquel que te puede salvar de la demencia? Él está tan libre de ello como tú, y en la libertad que ves en él ves la tuya. Pues la libertad es algo que compartís. Lo que

Dios ha dado obedece Sus leyes y sólo Sus leyes. Es imposible que aquellos que las obedecen puedan sufrir las consecuencias de cualquier

otra causa.

Este tema se repite a lo largo del capítulo presente: vemos en nuestro hermano una proyección de lo que primero vimos en nosotros mismos. Si

deseamos hacer real la culpa, la percibiremos en él y le ofreceremos espinas

de odio como nuestro regalo. Si deseamos pasar de la culpa al amor, ofreceremos las azucenas del perdón y veremos más allá de nuestra culpa

proyectada a la santidad que está más allá de la locura del ego. El regalo del

perdón establece además, nuestra libertad e invulnerabilidad, ya que el

aprimamiento y el sufrimiento – que están en la mente – provienen únicamente de la culpa, cuya aparente solidez se disuelve fácilmente cuando nos identificamos con la ley del amor y el perdón de Dios.

(IV.4:1-3) Los que eligen la libertad experimentarán únicamente sus resultados. Pues el poder del que gozan procede de Dios, y sólo le otorgarán ese poder a lo que Dios ha dado, a fin de compartirlo con ellos. Nada excepto esto puede afectarles, pues es lo único que ven, y comparten su poder con ello de acuerdo con la Voluntad de Dios. Cuando elegimos la libertad del Espíritu Santo sobre el mundo aprisionador de culpa y especialismo del ego, no queda nada más que el poder del amor.

Recuerda la enseñanza de Jesús de que en el instante santo no hay cuerpo

(T-18.VII.3:1), lo que también significa que no hay un sistema de pensamiento de separación y ataque. El amor siendo ahora el único pensamiento en nuestras mentes, es lo que compartimos, abrazando a la

Filiación tal como el Amor de Dios nos abraza a nosotros en un manto de invulnerabilidad y paz.

(IV.4:6-7) Debes preguntar lo que es la libertad a aquellos que han aprendido lo que es. No le preguntes a un gorrión cómo se eleva el águila, pues los alicortos no han aceptado para sí mismos el poder que pueden compartir contigo.

Esto refleja nuestra necesidad de discernir entre maestros. Jesús está diciendo que no deberíamos pedir ayuda a aquellos vuelan con las pequeñas

alas de un gorrión; es decir, el sistema de pensamiento de especialismo del

ego. Más bien, nosotros debemos buscar la guía de los que vuelan con alas

de águila, encarnando su mensaje de perdón. Necesitamos distinguir entre

aquellos que nos llevan más profundamente al sueño infernal del ego y los

que nos llevan fuera de él. Detrás de esto, por supuesto, está la elección

entre el ego y el Espíritu Santo, la decisión entre aprisionamiento o libertad,

miseria o alegría. Estos mismos símbolos, dicho sea de paso, se pueden

encontrar en el manual para el maestro (M-4.1.2). Haciendo el mismo punto, a veces digo en mis clases que uno nunca debería creerle a nadie que le diga que  $2+2=4$ . Después de todo, ¿por qué prestar atención a los locos que se han adaptado a un mundo de locura, jurando que es lógico y verdadero, y que quieren reforzar su fe en él?

(IV.5) Los que son incapaces de pecar dan tal como han recibido. Ve en tu hermano, pues, el poder de la impecabilidad, y comparte con él el poder que le has concedido para que se libere del pecado. A todo el que

camina por la tierra en aparente soledad se le ha dado un salvador, cuya función especial aquí es liberarlo, para así liberarse a sí mismo. En el mundo de la separación se le asigna esa función a cada uno por separado, aunque todos ellos son uno solo. Pero los que saben que todos

ellos son uno solo no tienen necesidad de salvación. Y cada uno encuentra a su salvador cuando está listo para contemplar la faz de Cristo y ver que Éste está libre de pecado.

Jesús vuelve a hablar de la relación especial. Estas no son designadas por

Dios o el Espíritu Santo, sino que reflejan la elección de la mente por el ego, la relación especial prototípica. Cuando hemos sufrido lo suficiente

con estas decisiones de separación y ataque (es decir, hacer que otros sean

responsables de los dolorosos efectos de nuestras malas decisiones), podemos decir y exclamar: "Tiene que haber otra manera". La gente entonces se convierte en nuestros salvadores porque recordamos que la

manera de volver a casa es perdonando las relaciones que están en el centro

de nuestras vidas: miembros de la familia, amigos, colegas o personas con

quienes desarrollamos relaciones no presenciales, como figuras públicas.

Los que nos molestan, o quienes creemos que son nuestros salvadores en el

sentido del ego (ídolos de amor especial) son con los que más necesitamos practicar. No necesitamos buscar muy lejos a estos salvadores; vivimos y trabajamos con ellos, en medio de nuestras fantasías de conquistas de amor y odio especial.

(IV.6:4-5) Pues de tu papel depende todo el plan, y ningún papel está completo sin tu papel, ni tampoco puede lo que es todo estar completo sin él. Al arca de la paz se entra de dos en dos. ...

Esto es lo mismo que decir que levantamos el velo juntos, o no en absoluto

o la salvación es una empresa de colaboración (T-4.VI.8:2; cursiva añadida). Entrar en el arca de la paz de dos-en-dos significa practicar con

cada una de nuestras relaciones hasta que las generalicemos a toda la Filiación, viendo a todos como iguales. Nuestra parte en el plan de Expiación consiste en reconocer que no podemos entrar en esta santa arca,

diferente a la famosa arca de Noé, siempre y cuando excluyamos incluso a

una persona de nuestro perdón, compasión y amor. Esto claramente no se

refiere al mundo de los cuerpos con los que practicamos este curso, sino a

las relaciones en la mente. Como no hay cuerpos ("No hay ni un solo instante en el que el cuerpo exista en absoluto" [T-18.VII.3:1]), no necesitamos buscar un compañero físico real para acceder al templo del

Espíritu Santo.

(IV.6:5-10) Al arca de la paz se entra de dos en dos. Sin embargo, el comienzo de otro mundo los acompaña. Toda relación santa tiene que entrar aquí para aprender la función especial que le corresponde desempeñar en el plan del Espíritu Santo ahora que comparte Su propósito. Y a medida que ese propósito se alcanza, surge un nuevo mundo en el que el pecado no tiene cabida, y donde el Hijo de Dios puede entrar sin miedo y descansar por un rato, para olvidar su esclavitud y recordar su libertad. Mas ¿cómo iba a poder entrar a descansar y a recordar si tú no le acompañas? A menos que estés allí, él

no está completo. Y es su compleción lo que él recuerda allí. Recuerda, completar aquí significa total-inclusividad: cuando perdonamos a una persona, perdonamos a todas las personas, incluidos nosotros mismos.

La curación es incompleta y, por tanto, imposible sin este reconocimiento.

Para alcanzar nuestro objetivo de paz es necesario practicar la transferencia del entrena-miento, como dice Jesús en el comienzo del libro de ejercicios (L-in.4-5). Las lecciones del perdón que hemos aprendido con otros ahora las transferimos a todos en nuestras vidas – pasada, presente y futura. De esta manera la crucifixión de Cristo (separación, fragmentación y ataque) se deshace, se introduce la restauración del mundo real y la Totalidad del Ser a nuestra conciencia.

(IV.7) Éste es el propósito que se te encomendó. No pienses que perdonar a tu hermano os beneficia sólo a vosotros dos. Pues el nuevo mundo en su totalidad descansa en las manos de cada dos seres que entren allí a descansar. Y mientras descansan, la faz de Cristo refulge sobre ellos, y ellos recuerdan las leyes de Dios, olvidándose de todo lo demás y anhelando únicamente que Sus leyes se cumplan perfectamente en ellos y en todos sus hermanos. ¿Crees que podrías descansar sin ellos una vez que esto se haya realizado? No podrías dejar ni a uno solo afuera tal como yo tampoco podría dejarte a ti afuera, y olvidarme así de una parte de mí mismo.

Estas palabras describen nuevamente una unidad que abarca a todas las personas, porque la inocencia de Cristo reside en Su perfecta Totalidad. Si realmente amamos a Jesús, por ejemplo, ese amor no debe ser exclusivo: no podemos amarlo al mismo tiempo que odiamos a alguien más. El especialismo que demuestra esta forma egoísta de amor, excluye la existencia del verdadero reflejo del amor en el sueño. Este principio

establece pautas para la vida diaria a medida que aprendemos a ver que todo en nuestras vidas sirve para cambiar el enfoque del mundo exterior al interior. La decisión de la mente de elegir el ego en lugar del Espíritu Santo es lo que tiene que corregirse y deshacerse, no algo externo. Siempre debemos recordar que nuestro objetivo es despertar del sueño y volver a casa. Mantener este objetivo en primer lugar en la conciencia alinea nuestras experiencias diarias con el perdón. Si este no es el caso, es solo porque no queremos el objetivo, lo cual significa que la responsabilidad de la inevitable pérdida de la paz solo puede ser la decisión de la mente llena de miedo de elegir al ego. Esta compleción es la condición para alcanzar el mundo real de plenitud y amor, la expresión en la tierra de la ley de Dios del perfecto Amor.

(IV.8) Tal vez te preguntes cómo vas a poder estar en paz si, mientras estés en el tiempo, aún queda tanto por hacer antes de que el camino que lleva a la paz esté libre y despejado. Quizá te parezca que esto es imposible. Pero pregúntate si es posible que Dios hubiese podido elaborar un plan para tu salvación que pudiese fracasar. Una vez que aceptes Su plan como la única función que quieres desempeñar, no habrá nada de lo que el Espíritu Santo no se haga cargo por ti sin ningún esfuerzo por tu parte. Él irá delante de ti despejando el camino, y no dejará escollos en los que puedas tropezar ni obstáculos que pudiesen obstruir tu paso. Se te dará todo lo que necesites. Toda aparente dificultad se desvanecerá antes de que llegues a ella. No tienes

que preocuparte por nada, sino, más bien, desentenderte de todo, salvo

del único propósito que quieres alcanzar. De la misma manera en que éste te fue dado, asimismo su consecución se llevará a cabo por ti. La promesa de Dios se mantendrá firme contra todo obstáculo, pues descansa en la certeza, no sobre la contingencia. Descansa en ti. ¿Y qué

puede haber que goce de más certeza que un Hijo de Dios?



Las palabras consoladoras de Jesús pueden malinterpretarse fácilmente en el sentido de que él o el Espíritu Santo actuarán en nuestro nombre en el mundo. Este malentendido no se produce si mantenemos ante nosotros los conceptos de la metafísica no-dualista del Curso. ¿Cómo pueden actuar nuestros Maestros en un mundo que Sus mismas palabras nos dicen que no existe – las ideas no abandonan su fuente – desautorizando así Su propia enseñanza? De hecho, El Canto de la Oración fue dictado a Helen como una corrección específica de esta creencia errónea (ver especialmente S-1.I,II).

Lo que Jesús realmente quiere decir, hablando en la condición dualista en la que creemos estar (T-25.I.7:4), es que cuando lo elegimos como nuestro maestro, no se percibe ningún problema que no pueda ceder a su amor. Esto incluye las preocupaciones por los problemas que nuestro ego nos dice que son insuperables. Aun así, un sueño sigue siendo un sueño, y la certeza de Dios y Su Hijo se encuentra mucho más allá de todos los sueños, pero podemos fácilmente acceder a ella dentro de la mente tomadora de decisiones.

(V.1:1-6) En este mundo, el Hijo de Dios se acerca al máximo a sí mismo en una relación santa. Ahí comienza a encontrar la confianza que su Padre tiene en él. Y ahí encuentra su función de restituir las leyes de su Padre a lo que no está operando bajo ellas y de encontrar lo que se había perdido. Sólo en el tiempo se puede perder algo, pero nunca para siempre. Así pues, las partes separadas del Hijo de Dios se unen gradualmente en el tiempo, y con cada unión el final del tiempo se aproxima aún más. Cada milagro de unión es un poderoso heraldado de la eternidad.

Ten en cuenta que Jesús describe el milagro de unión como un "heraldo de

la eternidad", anunciando o presagiando el regreso a nuestro estado inmortal, ya que el milagro en sí, al ser una corrección, no es eterno.

Cuando nos unimos a otro retirando nuestras proyecciones de culpa, restauramos la Expiación a la conciencia. Esta decisión contra la separación

anuncia el regreso de la eternidad a nuestras mentes que despiertan, y le

damos la bienvenida a la perfecta unidad de la ley del amor en nuestro corazón.

(V.1:7-8) Nadie que tenga un solo propósito, unificado y seguro, puede sentir miedo. Nadie que comparta con él ese mismo propósito podría dejar de ser uno con él.

Jesús nos recuerda que su proceder tiene un propósito. Mientras que otros

no necesitan compartir el propósito de perdón con nosotros, nosotros tenemos que compartirlo con ellos. Su decisión de aceptar o rechazar nuestro regalo no es nuestra preocupación, porque cuando elegimos perdonar abrazamos a toda la Filiación en ese propósito. En este instante

santo el perdón es compartido por todos, el bendito estado de curación en el

que el pecado y el miedo han desaparecido:

(V.2:1-6) Cada heraldo de la eternidad anuncia el fin del pecado y del miedo. Cada uno de ellos habla en el tiempo de lo que se encuentra mucho más allá de éste. Dos voces que se alzan juntas hacen un llamamiento al corazón de todos para que se hagan de un solo latir. Y en ese latir se proclama la unidad del amor y se le da la bienvenida.

¡Qué la paz sea con vuestra relación santa, la cual tiene el poder de conservar intacta la unidad del Hijo de Dios! Lo que le das a tu hermano es para el bien de todos, y todo el mundo se regocija gracias a

tu regalo.

La importancia de la naturaleza que abraza a todo el mundo en el tema del

perdón, se refleja en la repetición de las palabras todos, uno y unidad – la

relación santa atrae a todos los Hijos de Dios y en el tiempo es un reflejo de

la unidad de la eternidad. En nuestro mundo  $2+2=4$  esto no tiene sentido,  
porque ¿cómo podría un pensamiento que perdona a una persona afectar a toda la Filiación? Sin embargo, cuando tenemos la mentalidad-correcta y trascendemos las leyes de este mundo, somos libres para comprender que en cada mente se encuentran todas las mentes (L-pl.161.4:1-2), porque el Hijo de Dios es uno. Esto permite que nuestro perdón a una sola persona sane a todos.

(V.4:4-7) Lo que se encuentra en él [tu hermano perdonado] brillará con tal fulgor en tu agradecida visión, que simplemente lo amarás y te regocijarás. No se te ocurrirá juzgarlo, pues, ¿quién puede ver la faz de Cristo y aun así insistir en que juzgar tiene sentido? Pues esa insistencia es propia de aquellos que no ven. Puedes elegir ver o juzgar, pero no ambas cosas.

Esta última afirmación expresa otro tema muy importante: la elección entre visión y juicio – la visión que abraza a todas las personas como un Hijo inocente, o el juicio que ve a las personas con intereses separados en los que hay un ganador "inocente" y un perdedor pecador. No hace falta decir que, el perdón verdadero es imposible sin la visión que ve el rostro inocente de Cristo en "toda cosa viviente", sin excepción.

(V.5:1-5) El cuerpo de tu hermano tiene tan poca utilidad para ti como para él. Cuando se usa únicamente de acuerdo con las enseñanzas del Espíritu Santo, no tiene función alguna. Pues las mentes no necesitan el cuerpo para comunicarse. La visión que ve al cuerpo no le es útil al propósito de la relación santa. Y mientras sigas viendo a tu hermano como un cuerpo, los medios y el fin no estarán en armonía. Otra forma de expresar nuestra función aquí es que debemos alinear los

medios y el propósito. En un sentido, por supuesto, los medios y el

propósito siempre están en armonía, ya sean del ego o del Espíritu Santo.

Cuando nuestro objetivo es permanecer separados, toda relación es un medio para lograr ese fin y nos dará el especialismo que anhelamos, ya sea

juzgándolo como amor u odio. Por otro lado, cuando nuestro objetivo es

abandonar el sueño de los intereses separados, las mismas relaciones se

convierten en el medio de perdón para lograr ese fin. El cuerpo solo puede

servir al maestro que la mente ha elegido, el pecado del ego o la impecabilidad de Jesús. El primero usa el cuerpo para atacar, mientras que

el segundo ve más allá del cuerpo hacia la mente atacante, y luego la perdona al no darle al ego ningún poder sobre la paz de la Expiación.

(V.5:6-8) ¿Por qué se han de necesitar tantos instantes santos para alcanzar una relación santa, cuando con uno solo bastaría? No hay más que uno. El pequeño aliento de eternidad que atraviesa el tiempo como

una luz dorada es sólo uno: no ha habido nada antes, ni nada después. Cuando nos sentimos tentados a enfadarnos, debemos recordar que estamos

intentando utilizar la relación para aplastar el pequeño aliento de eternidad

que atraviesa nuestras mentes como una campana que nos llama a regresar a

casa. El perdón espera nuestro llamado para transformar el mundo de especialismo impulsado por la culpa en los suaves pasos de los instantes

santos que nos llevan a través del laberinto del tiempo hacia la vida eterna.

(VII.8:1-5) El cuerpo no se puede ver, excepto a través de juicios. Ver el cuerpo es señal de que te falta visión y de que has negado los medios que el Espíritu Santo te ofrece para que sirvas a tu propósito. ¿Cómo podría lograr su objetivo una relación santa si se vale de los medios del pecado? Tú te enseñaste a ti mismo a juzgar; mas tener visión es algo que se aprende de Aquel que quiere anular lo que has aprendido. Su visión no puede ver el cuerpo porque no puede ver el pecado.

Jesús no quiere que neguemos nuestra vista física, sino más bien que

neguemos la interpretación del ego de lo que ven nuestros ojos. Para decirlo de otra manera, cambiamos nuestro propósito para estar aquí, eligiendo la visión del Espíritu Santo como guía para la percepción. Esto significa que no vemos los intereses separados que el ego utiliza como prueba del pecado, siendo el cuerpo limitado, limitante y diferenciado el principal testigo en su caso para el juicio. Recordemos que el Espíritu Santo está en nuestras mentes, el lugar del problema. La curación no es nunca en el mundo ni en el cuerpo, razón por la cual el Espíritu Santo no hace las cosas en la forma, sino sólo en la mente que es la fuente tanto del juicio como de la visión, que contiene el poder de elegir entre ellos en cada instante de cada día.

(VII.8:6-10) Y de esta manera, te conduce a la realidad. Tu santo hermano – a quien verlo de este modo supone tu liberación – no es una ilusión. No intentes verlo en la obscuridad, pues lo que te imagines acerca de él parecerá real en ella. Cerraste los ojos para excluirlo. Tal fue tu propósito, y mientras ese propósito parezca tener sentido, los medios para su consecución se considerarán dignos de ser vistos, y, por lo tanto, no verás.

Al excluir a otros del Reino, nos excluimos también nosotros porque hacemos realidad la culpa del Hijo acerca de la separación y, en consecuencia, hacemos real también su cuerpo lleno de pecado. Creyendo que estamos separados de Dios y de nuestro verdadero Ser, culpamos a otros por el pecado, reforzando el sistema de pensamiento del ego de la exclusión y la creencia de que nuestro sistema de pensamiento inventado es la realidad. Sin embargo, cuando realmente reconocemos los efectos dolorosos de estos juicios separadores, solo podemos elegir ver a través de

la visión y rechazamos el propósito al que han servido el pecado y el juicio.

La luz de Cristo se convierte en nuestro único objetivo, y su reflejo del perdón en el alegre medio para volver a ella.

(VII.9) Tu pregunta no debería ser: “¿Cómo puedo ver a mi hermano sin su cuerpo?” sino “¿Deseo realmente verlo como alguien incapaz de pecar?”. Y al preguntar esto, no te olvides de que en el hecho de que él

es incapaz de pecar radica tu liberación del miedo. La salvación es la meta del Espíritu Santo. El medio es la visión. Pues lo que contemplan los que ven está libre de pecado. Nadie que ama puede juzgar, y, por lo

tanto, lo que ve está libre de toda condena. Y lo que él ve no es obra suya, sino que le fue dado para que lo viese, tal como se le dio la visión

que le permitió ver.

No hay forma de que nuestros ojos no vean el cuerpo, ni se nos pide en esta

etapa de nuestro viaje que aceptemos la visión de Cristo como nuestra. Solo

se nos pide que deseemos ver a nuestros hermanos sin pecado, reflejando el

propósito de mentalidad-correcta de vernos sin pecado – el medio para deshacer nuestros juicios acerca del Hijo de Dios y devolvérselo a Dios.

Una vez más, no necesitamos ver perfecta-mente, simplemente necesitamos

desear hacerlo. Jesús devuelve el problema a la decisión de nuestra mente

por el ego, por lo que ahora elegimos la visión de la impecabilidad que refleja la Voluntad de Dios para Su Hijo libre de pecado. El juicio, entonces,

se vuelve imposible, y es inconcebible siempre que queramos algo que no

fuera la verdadera salvación.

Concluimos con la última sección del capítulo, "La visión de la impecabilidad":

(VIII.1) Al principio, la visión te llegará en forma de atisbos, pero eso bastará para mostrarte lo que se te concede a ti que ves a tu hermano libre de pecado. La verdad se restituye en ti al tú desearla, tal como la perdiste al desear otra cosa. Abre las puertas del santo lugar que

cerraste al haber valorado esa "otra cosa", y lo que nunca estuvo perdido regresará calladamente. Ha sido salvaguardado para ti. La visión no sería necesaria si no se hubiese concedido la idea de juzgar. Desea ahora que ésta sea eliminada completamente y así se hará. Jesús nos dice de nuevo que este es un proceso – nuestros atisbos de impecabilidad nos preparan para una visión completa – y nos pide que consideremos cuidadosamente lo que queremos: el juicio del pecado o la

visión de la impecabilidad. El importante tema de nuestra sinfonía del poder

de la mente para elegir nunca está demasiado lejos de nosotros, porque

Jesús vuelve continuamente a él como el lugar del problema y su solución.

Primero elegimos mal, defendimos nuestra elección equivocada por el ego

al adoptar su sistema de pensamiento de culpa y miedo, y luego aseguramos

este error al erigir un mundo corporal de miedo y muerte. Esto estableció la

necesidad de la corrección por parte del milagro, devolviéndonos a la mente

que habíamos cerrado a la verdad al desear esa "otra cosa" del ego, y permitiendo que la visión parcial abra suavemente nuestros ojos. La bóveda

tenebrosa que ocultaba el recuerdo del santo Cristo se desbloquea gradualmente, y por fin vemos la impecabilidad que Cristo nunca perdió.

(VIII.3:1-3) La impecabilidad de tu hermano se te muestra en una luz brillante, para que la veas con la visión del Espíritu Santo y para que te regocijes con ella junto con Él. Pues la paz vendrá a todos aquellos que la pidan de todo corazón y sean sinceros en cuanto al propósito que comparten con el Espíritu Santo, y de un mismo sentir con Él con respecto a lo que es la salvación. Estate dispuesto, pues, a ver a tu hermano libre de pecado, para que Cristo pueda aparecer ante tu vista y colmarte de felicidad.

Jesús apela a la "pequeña dosis de buena voluntad" de la que habló en el

Capítulo 18. Cuando estamos enojados – por un pensamiento, palabra o

hecho – debemos hacernos conscientes de esta pregunta: "¿Es el juicio realmente lo que quiero?" Nunca nos ha hecho felices; un momento jubiloso de triunfo, tal vez, cuando en ese instante no santo de proyección, creímos que nos lavábamos las manos acerca de la culpa. Pero el precio del pecado es demasiado para soportarlo, y es la inocencia de Cristo la que realmente queremos. Solo ella puede traernos una paz verdadera y duradera, razón por la cual esta pregunta, sinceramente formulada para que llegue la salvación, restaurará nuestra visión y nos llevará a casa. (VIII.3:4-6) Y no le otorgues ningún valor al cuerpo de tu hermano, el cual no hace sino condenarlo a fantasías de lo que él es. Él desea ver su impecabilidad, tal como tú desees ver la tuya. Bendice al Hijo de Dios en tu relación, y no veas en él lo que tú has hecho de él. Volviendo al segundo obstáculo a la paz (T-19.IV-B), el valor del cuerpo es que hace que el ego parezca real, lo que nos permite proyectar nuestra culpa aparentemente real, el ser ilusorio del ego, en otra persona. Sin embargo, el Espíritu Santo permanece presente para recordarnos que podemos elegir de nuevo: la verdad de la visión, no la ilusión del juicio; la dulce bendición de la impecabilidad, no la devastadora maldición del pecado. (VIII.5:7) No hay problema, acontecimiento, situación o perplejidad que la visión no pueda resolver. Todos los problemas son iguales, reafirmando el primer principio de los milagros – no grados de dificultad entre ellos. Este tema de apertura de la magnífica sinfonía de Jesús se repite en muchas variaciones, y es la pieza central del sistema de pensamiento sobre el que descansa Un Curso de Milagros. Los problemas son uno porque son igualmente ilusorios, y se curan como uno cuando llevamos el juicio de las diferencias a la visión de



la igualdad.

(VIII.5:8-9) Todo queda redimido cuando se ve a través de la visión. Pues no es tu visión, y trae consigo las amadas leyes de Aquel Cuya visión es.

La visión no es la vista de nuestro ego, que solo se separa mediante el juicio. Cuando miramos el mundo, sin embargo, a través de los ojos de paz

de Jesús, todo lo que vemos es paz o su petición. ¿Dónde está entonces la

separación? ¿Y puede el mundo real estar muy por detrás de la visión de

Cristo de la impecabilidad?

(VIII.6:1-4) Todo lo que se contempla a través de la visión cae suavemente en su sitio, de acuerdo con las leyes que Su serena y certera

mirada le brinda. La finalidad de todo lo que Él contempla es siempre indudable. Pues servirá a Su propósito, que se verá sin ajuste alguno y perfectamente adaptado al mismo. Bajo Su bondadosa mirada, lo destructivo se vuelve benigno y el pecado se convierte en una bendición.

Sabemos que todo lo que hace el ego es un ajuste - defensas, movimientos,

cambios - siendo todos ellos intentos de proteger la irrealdad de nuestra

elección original de estar separados, para no ser expuestos y deshechos.

Inevitablemente, hacemos ajustes al pecado fabricando un falso yo, seguido

de un mundo falso en el que esconder este yo ajustado. A pesar de los esfuerzos del ego, Jesús nos lleva al ajuste final, su visión que refleja la ley

de la Unidad del Cielo. Con gozo y alegría bendecimos al Hijo de Dios por

nuestro estado libre de pecado, ya que la mente ha sido liberada por fin del

destructivo azote del especialismo del ego.

(VIII.6:5-9) ¿Qué poder tienen los ojos del cuerpo para corregir lo que perciben? Los ojos del cuerpo se ajustan al pecado, pues son incapaces de pasarlo por alto en ninguna de sus formas, al verlo por todas partes y en todas las cosas. Mira a través de sus ojos, y todo quedará

condenado ante ti. Y jamás podrás ver todo lo que te podría salvar. Tu santa relación, la fuente de tu salvación, queda desprovista de todo significado, y su más santo propósito desposeído de los medios para su consecución.

El problema nunca es lo que ven nuestros ojos, sino lo que creemos que

ven. Un Curso de Milagros está continuamente enfatizando en cómo el cuerpo fue fabricado para negar la visión de Cristo, con el ego dirigiendo la

atención de la mente hacia la ausencia de la mente y así garantizar que la

salvación inherente a la relación santa permanezca para siempre inaccesible

a nosotros. En su lugar están los pecados de especialismo, percibidos sin

corregir primero en nuestras mentes, y luego visto en nuestros socios especiales a quienes condenamos. Lamentablemente, estamos ciegos al

hecho de que también nos condenamos a nosotros mismos.

Desde aquí hasta el final de la sección, la atención se centra en el tema

familiar de que lo que cambia no es el mundo – después de todo, una alucinación sigue siendo una alucinación – sino nuestra percepción o interpretación de ella. La destructividad no es un hecho, sino un pensamiento que nace de la creencia de la mente de que destruyó el Cielo.

Proyectando fuera ese pensamiento loco, nuestros egos hacen que la devastación sea real en el mundo. Sin embargo, cuando cambiamos el enfoque de la mente desde la separación hasta la Expiación, la destrucción y

la devastación desaparecen. Todo parece diferente porque hemos mirado

dentro y solo hemos visto belleza. La visión ha revelado los prados del Cielo, verdes de dulzura en lugar del desierto del ego, oscurecido por el

odio. Una vez más, es nuestra percepción la que cambia, no el mundo en sí.

¿Cómo puede cambiar la nada? ¿Y quién sino los locos querrían que cambiase?

(VIII.7:1) Los juicios no son sino juguetes, caprichos, instrumentos

insensatos para jugar el juego fútil de la muerte en tu imaginación. El tema del juicio regresa, reflejando su papel de reforzar la aparente seriedad del sistema de pensamiento del ego. El ego nació y el mundo fue

hecho por el juicio de que estaríamos mejor sin Dios, robando Su vida y usurpando Su lugar en el trono de la creación. Al mismo tiempo, por supuesto, el Dios del ego piensa de manera similar porque comparte nuestra

locura y cree que estará mejor sin nosotros. Mientras escuchemos al ego,

este juicio original es realmente serio, como lo es el mundo con su sufrimiento y dolor concomitantes. En verdad, sin embargo, el juicio es simplemente un juguete dentro de un mundo inventado que no va a ninguna

parte y no hace nada.

(VIII.7:2) La visión, en cambio, enmienda todas las cosas y las pone dulcemente bajo el tierno dominio de las leyes del Cielo.

Nada cambia externamente porque no hay nada externo. Siendo ajustes

(sustitutos de la realidad), el pecado y su mundo no son reales. Las ilusiones, por tanto, no necesitan cambiarse; solo nuestras percepciones

erróneas, las cuales corregimos eligiendo un maestro diferente.

Compartiendo la visión de Jesús, nuestro mundo cambia porque el deseo y

la interpretación de la mente han cambiado para reflejar la ley del Cielo de

la Unidad y el amor. De hecho, no existe mayor poder dentro del sueño que

la decisión de la mente de dormir o despertar.

(VIII.10:4) La visión es el medio a través del cual el Espíritu Santo transforma tus pesadillas en sueños felices y reemplaza tus dementes alucinaciones – que te muestran las terribles consecuencias de pecados

imaginarios – por plácidos y reconfortantes paisajes.

La visión puede equipararse con el milagro y el perdón, el proceso de transformar nuestras pesadillas en sueños felices. Como hemos visto, y veremos con mayor claridad en el Capítulo 27, el Espíritu Santo no nos despierta de la pesadilla de la separación a la realidad porque nuestro miedo

a su unidad es demasiado grande. En cambio, nos anima a dar pequeños pasos, como este pasaje del libro de ejercicios nos dice: “Dios Mismo dará este paso final. No te niegues los pequeños pasos que te pide para que puedas llegar hasta Él” (L-pl.193.13:6-7). Estos son los suaves cambios de los sueños de terror a los sueños de amor. Todavía dormimos, creyendo en un mundo en el que vivimos en un cuerpo que interactúa con otros cuerpos, pero el propósito de nuestra experiencia ha cambiado. Nuestros cuerpos ya no son instrumentos del infierno, manteniéndonos separados unos de otros, sino que son medios para recordar nuestra Identidad, la Unidad de Cristo que compartimos con todos. Esta unidad es reflejada en el mundo por la visión del propósito unificado de la Filiación de despertar del sueño y volver a su Ser.

(VIII.10:5-6) Estos plácidos paisajes y sonidos se ven con agrado y se oyen con alegría. Son sus substitutos para todos los aterradores panoramas y pavorosos sonidos que el propósito del ego le trajo a tu horrorizada conciencia.

En otras palabras, llevamos la oscuridad del ego a la luz del Espíritu Santo, cambiando nuestro propósito de la culpa al perdón. No hace falta decir que, en este punto de nuestro viaje, estos paisajes y sonidos son internos, la interpretación de la mente del universo ilusorio y proyectado. Dado que la proyección da lugar a la percepción, los pensamientos felices y gozosos del perdón dan lugar suavemente a un mundo de propósito compartido que percibimos con gozo y felicidad.

(VIII.10:7) Ellos te alejan del pecado y te recuerdan que no es la realidad lo que te asusta, y que los errores que cometiste se pueden

corregir.

Se nos ha enseñado que el problema no es el pecado en otra persona, sino el

pecado que nuestra mente eligió creer en nosotros mismos, del que ahora

nos alejamos. No tememos al amor porque en nuestro corazón sabemos que

no nos condenará. Dado que "ya no estamos completamente locos" (T16.VI.8:8), desaparecer en la Unidad de Dios es ahora un

pensamiento de

alegría, no de terror. Hasta ahora habíamos codiciado nuestra identidad,

pero al saber que con este yo especial no ganamos nada, nos hemos vuelto

cada vez menos dispuestos a sacrificar nuestra felicidad y paz, culpando a

otros por nuestra pérdida.

Claramente, lo que cambia es lo que deseamos. Al elegir en contra de nuestro deseo de existencia personal, nuestra percepción de todo cambia y

elegimos despertar del sueño y volver a la perfección del ser. El mundo externo en sí mismo puede que no cambie – y por lo general no cambia –

pero ahora lo vemos como el medio de recordar nuestro amoroso hogar

libre de pecado.

(VIII.11:1) Cuando hayas contemplado lo que parecía infundir terror y lo hayas visto transformarse en paisajes de paz y hermosura; cuando hayas presenciado escenas de violencia y de muerte y las hayas visto convertirse en serenos panoramas de jardines bajos cielos despejados, con aguas diáfanos, portadoras de vida, que corren felizmente por ellos

en arroyuelos danzantes que nunca se secan, ¿qué necesidad habrá de persuadirte para que aceptes el don de la visión?

Una vez más, Jesús no está hablando del mundo exterior. Utiliza sus símbolos para reflejar la felicidad, la paz y la alegría que serán nuestra experiencia constante, independientemente del clima, la economía, las guerras internacionales, o las pequeñas guerras que peleamos entre nosotros. Nuestro nuevo maestro nos ayuda a ver que el desierto de la mente está floreciendo, y "brotan por doquier señales de vida" (L-

pll.13.5:4). La percepción errónea ha cedido ante la visión, nuestra entrada

al mundo real de belleza y paz:

(VIII.11:2-4) Y una vez que la visión se haya alcanzado, ¿quién podría rehusar lo que necesaria-mente ha de venir después? Piensa sólo en esto por un instante: puedes contemplar la santidad que Dios le dio a Su Hijo. Y nunca jamás tendrás que pensar que hay algo más que puedas ver.

La visión, como el perdón, es el trampolín que nos conduce desde las visiones de pesadilla de dolor y muerte del ego al mundo real y al Cielo que

está más allá de él. No queda nada para ver porque hemos elegido contra el

pecado y la muerte y sus dolorosos efectos. Los amigos del ego ya no se

ven porque no queremos culpar a otro por el sufrimiento que era inevitable

una vez que creímos que nos fuimos del Cielo. Al cambiar el deseo de nuestra mente de la separación a la Expiación, del pecado a la santidad,

hemos cambiado lo que percibimos en el mundo, reconociendo gradualmente que lo que vemos fuera refleja la mente interna, y nada más.

Afortunadamente nos damos cuenta de que no hay mundo, pesadilla, o incluso un sueño feliz. Nuestras mentes sanadas despiertan al mundo real y

esperan un instante antes de que Dios se incline y eleve a Su Hijo hacia Sí

Mismo.

Del libro "Viaje a través del Texto de UCDM" por el Dr. Kenneth Wapnick.

Traducción al Español por Daniel Bezveselny

Grupo de estudio en Telegram

Del libro "Viaje a través del Texto de UCDM" por el Dr. Kenneth Wapnick.

Traducción al Español por Daniel Bezveselny

Grupo de estudio en Telegram

Viaje a través del Texto de Un Curso de Milagros por Kenneth Wapnick.